

2611

2611

AUDRONS

YNUBES.

YNUBES.

YNUBES.

Sevilla de Junio 11/78

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

20798
1847

AURORAS Y NUBES.

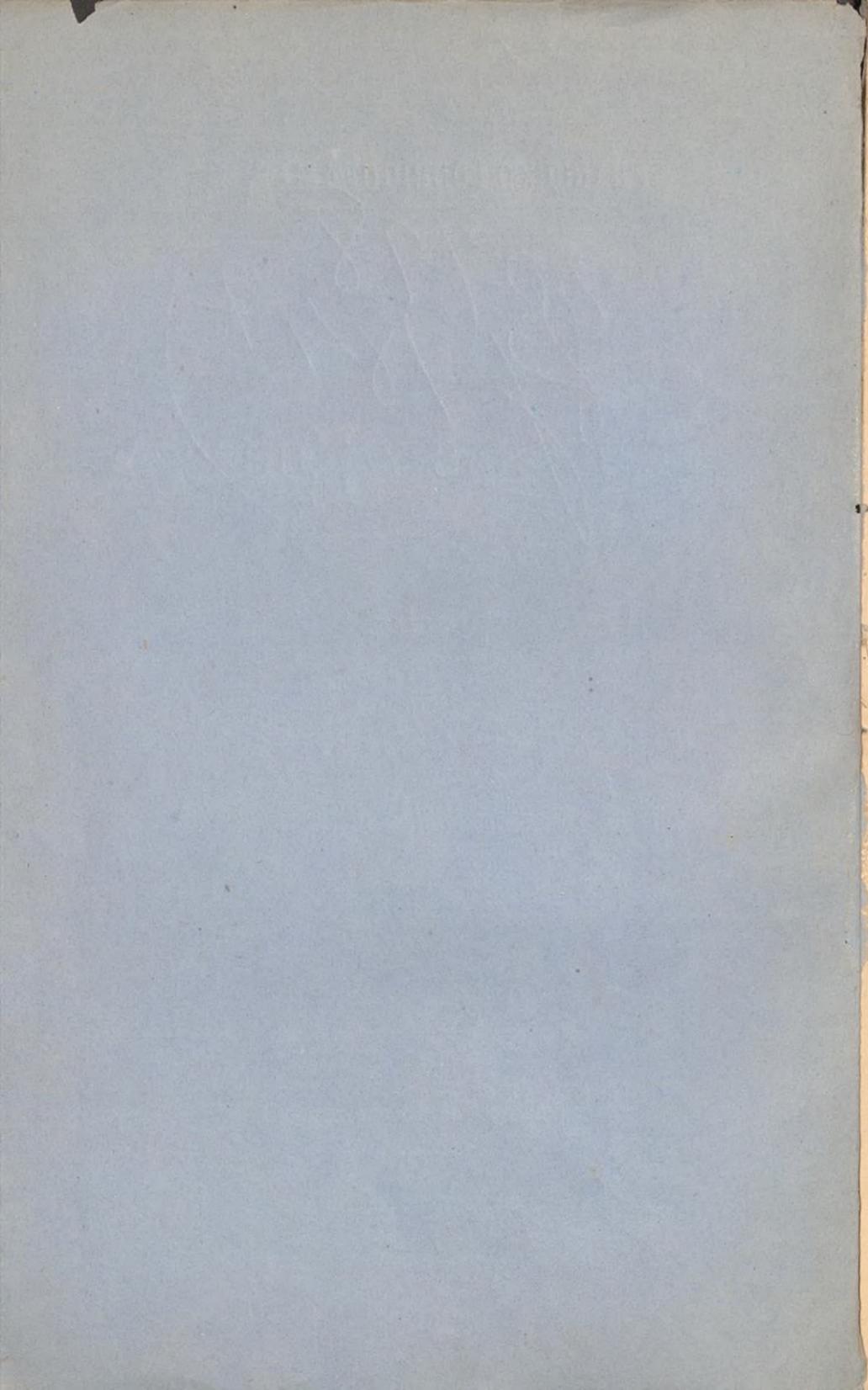
POESÍAS.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, editores, Lagar 3.

1878.

3360

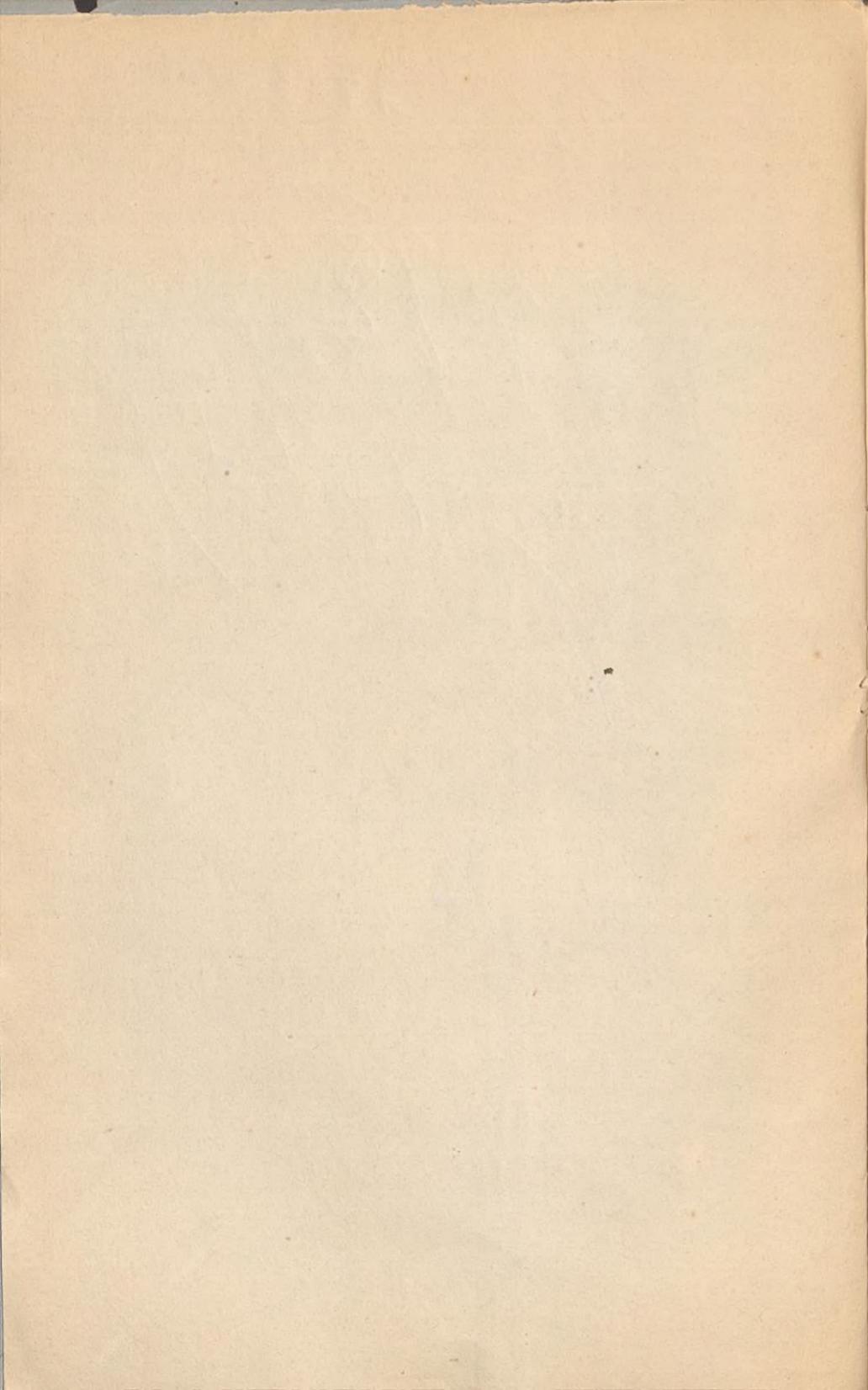


247-2611

29-6a (bin)

20998
July 1847

5360



AURORAS Y NUBES.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

AURORAS Y NUBES.

POESÍAS.

•••••

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, editores, Lagar 3.

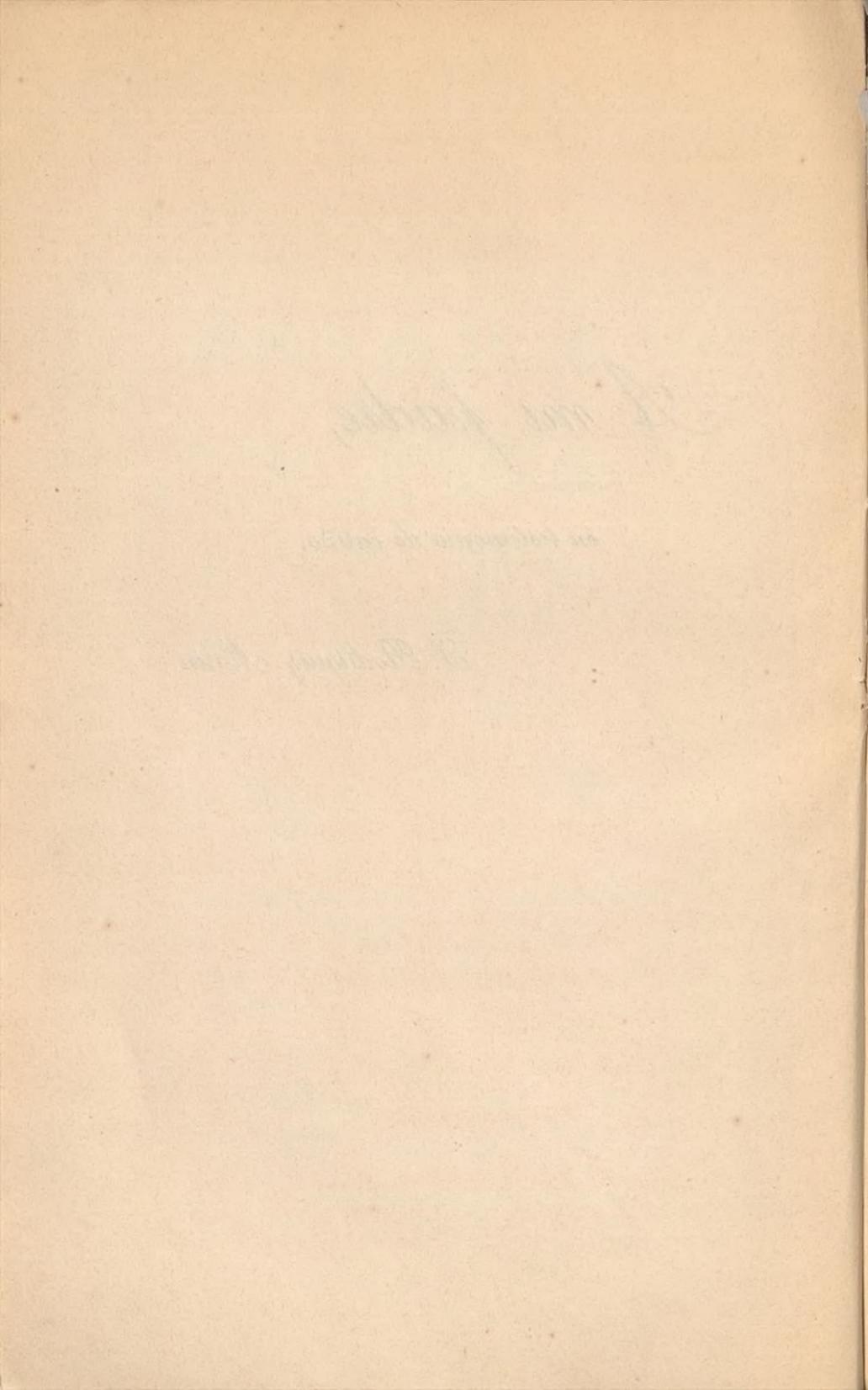
1878.

ES PROPIEDAD.

A mi padre,

en testimonio de cariño.

F. Rodriguez Marin.



I.

A MI DISTINGUIDA AMIGA

LA SRTA. D.^A AURORA DIAZ LASARTE.

Pura vírgen, casta aurora,
Grata fuente de alegría,
Que eres del astro del día
La cándida precursora;

Que, á par que de rosa y gualda
Vistes los cielos sonrientes,
Bordas con perlas lúcientes
Las praderas de esmeralda;

Por quien suspira la brisa
Y canta gozosa el ave,
Por quien parece süave
La natura una sonrisa;

Pura vírgen, casta aurora,
¿Por qué embarga el corazón,
Al mirarte, una emoción
Tan dulce y conmovedora?

¿Por qué, cuando te miro desvanecer la bruma
Bañando las campanas en tu rosada luz,
Súbito se convierte en blanda y leve pluma
De mis amargas penas la ponderosa cruz?

¿Por qué, al par que disipas las lóbregas tinieblas
De la medrosa noche, con mágico fulgor,
Y el mundo de armonías y de colores pueblas,
Amenguas en mi alma las sombras del dolor?

¿Qué poder hechicero, qué irresistible encanto
Hay en tu misteriosa y dulce claridad,
Que así convertir puedes de mi pesar el llanto
En lánguida tristeza de grata suavidad?

¡Salve, doncella casta, de mil encantos llena,
Augusta precursora del esplendente sol!
¡Cuán plácida apareces, cuán plácida y serena
Vistiendo el horizonte de fúlgido arrebol!

Por tí las flores abren sus hojas sonrientes
Y sus ricos aromas al blando viento dan;
Por tí, sierpes de plata, ligeros, transparentes,
Corriendo más sonoros los arroyuelos van.

Por tí más bulliciosos los céfiros süaves
Vuelan besando flores con celestial rumor;
Por tí pueblan el viento las namoradas aves;
Por tí exhalan alegres sus cánticos de amor.

Y yo que tus encantos magníficos admiro,
Y yo que á su presencia dichoso me sentí,
Tambien tu hermosa lumbre al contemplar suspiro,
Tambien, tambien te amo, tambien canto por tí.

Y ¿cómo no he de amarte? Tú desde el limpio Oriente
Disipas de la noche las nieblas y el horror;
Tú mil dulces ideas despiertas en mi mente,
¡Oh símbolo de dichas, preságo bienhechor!

¡Ay, que tambien velaron la luz de mi alegría
Densísimas y tristes las sombras del pesar!
Mas ¡siempre tras la noche camina el nuevo día,
Y tambien, cual tú luces, mi aurora ha de brillar!

Y ¡cuán feliz entónces te admiraré, la bruma
Desvanecer, bañando los campos en tu luz!
¡Cómo se habrá perdido cual blanda y leve pluma
De mis amargas penas la ponderosa cruz!

II.

LA TUMBA DE CERVANTES.

¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!

No es el himno de victoria
En que el entusiasmo estalla
Cuando añade una batalla
Un timbre á la patria historia.
Nó; la epopeya de gloria
Que en dulcísimo concento
Hoy llena y abrumba el viento,
Modula, más bien que sonos
De placenteras canciones,
Los gemidos de un lamento.

Con voz que su afan abona,
Hondamente dolorida
Y la noble sien ceñida
Por espléndida corona,
Lamenta augusta matrona
Del hado impío la saña;
El llanto su rostro baña;
Rasga el pecho su querella....
¿Quién, al mirarla tan bella,
No conoce que es España?

¡España! el pueblo valiente
De Pelayos y de Cides,
Que en las fragorosas lides
Siempre se ostentó potente.
¡Es España, cuya frente
Sol de eterna gloria es,
Y que, del tiempo á través,
Harta de ver su grandeza
Coronando su cabeza,
Va buscándola á sus piés!

Es España, sí, que ansiosa,
Con mil afanes prolijos,
Del más sabio de sus hijos
Busca la huesa preciosa.
Es España, que, amorosa,
Hallar sus restos procura,
Y que llora, en su amargura,
Porque no puede elevar
De adoracion un altar
En tan noble sepultura.

—«¿Dónde te ocultas, coloso?»

Con sentido acento exclama:
«¿Cómo el eco de tu fama
No va á turbar tu reposo?
Mira mi llanto angustioso;
¡Hijo ilustre! ¿Dónde estás....?
¡Ay, para siempre quizás
Tumba ignorada te encierra,
Que, avara de tí, la tierra
Cada vez te esconde más!

»Lágrimas de amor llorando,
Repite mi desvarío:
¿Dónde se oculta, hijo mio,
Tu sepulcro venerando?
En vano lo voy buscando
Por la extension de mi suelo,
Que, aunque mi lloro de duelo
Cegar no hiciera á mis ojos,
¡Ay, me olvido, en mis enojos,
Que son los astros del cielo!»

¡Oh, pátria mia, no llores!
Si no puedes afanosa
Derramar sobre su losa,
Por signos de amor, tus flores,
Otras ofrendas mejores
Alcanzó el génio fecundo
De Cervántes, que, profundo,
Doquier su nombre retumba;
¡Es más grande que una tumba,
Y tiene por tumba el mundo!

¿Eres madre de Cervántes
Y desgraciada te nombras?
Y ¿vivid pueden las sombras
Entre luces deslumbrantes?
¡Oh, nó! razon es que cantes;
Que resuenen, pátria mia,
Con magnífica armonía,
En la bóveda serena,
Nó suspiros de tu pena:
¡Cánticos de tu alegría!

¡Canta; tu dicha es notoria!
¡Canta, pueblo, entusiasmado!
¡Entona el himno sagrado
De su gloria, que es tu gloria!
Su lápida mortuoria
Quiso el destino con saña
Oscurecer, mas se engaña;
¡Suenen alegres cantares,
Que tiene tantos altares
Como hay pechos en España!

Lleve el viento más rumores
Por llanos, selvas y lomas,
Y más preciados aromas
Exhalen las bellas flores;
Los pajarillos cantores
Suelten sus lenguas amantes;
Brillen los astros radiantes
Con luz de intensa alegría....
¡Todo celebre este día,
Que es el día de Cervántes

III.

Era tanto el amor del alma mia,
Y con tales desdenes lo pagabas,
Que hasta llegué á pensar en mi delirio:

«¿Cómo no odiarla?»

Mas escuché un suspiro de tus labios;
Miré luégo en tus ojos una lágrima,
Y exclamé, sollozando de ternura:

«¿Cómo no amarla?»

IV.

Dulce bien de mi vida,
Risueña aurora
Que ahuyentas de mi noche
Las negras sombras;
Luz de mis ojos,
Astro de mi ventura,
¡Cuánto te adoro!

¡Oh! ¿Por qué no amé antes?...

Yo no sabía
Que el amor me ofreciese
Tanta delicia.
Sí, yo ignoraba
Qué es vivir en el cielo,
Qué es dar el alma.

Nunca tales visiones,
Tan dulces sueños
Acarició velando
Mi pensamiento.
¡Si yo no vivo
Sino para acordarme
De tu cariño!

Lo mismo te sucede,
Yo lo conozco:
Por mirarme, tu alma
Sale á tus ojos.
Tu alma bendita;
Tu alma, el alma de un ángel;
Tu alma, que es mia.

Ámame, sí, que nunca
Tu amor me falte;
Que en su llama tu pecho
Siempre se abraze.
¡Ay! ¡cuán amargo
Será toda la vida
Pasar llorando!

Ámame: que en tus ojos,
Que son mi gloria,
No se extinga esa lumbré
Que me enamora.
¡Lucirá siempre!
¡Oh, sí... tú no me engañas!
¡Qué buena eres!

Faro de mi esperanza,
Nunca te olvido;
Nunca, que, cuando duermo,
Sueño contigo.
¿Cómo olvidarte,
Si amor eterno funde
Mi alma y tu imágen?

Siento.... pero ¡oh, Dios mio!
Desavisada,
Quizás mi amor midieras
Por mis palabras.
No me hagas caso....
¿Por qué diré tan poco,
Sintiendo tanto?

Dulce bien de mi vida,
Risueña aurora
Que ahuyentas de mi noche
Las negras sombras;
Luz de mis ojos,
Astro de mi ventura
¡Cuánto te adoro!

V.

Por la Virgen María,
¡No me digas tu amor, paloma mía!
Escucharte no quiero,
Que árdua es la duda con que en vano lucho:
Si con sólo mirarte de amor muero,
¿Qué será, niña, si además te escucho?
Por la Virgen María,
¡No me digas tu amor, paloma mía!

VI.

PRIMAVERA.

¡Salve, madre hechicera de las flores!
¡Oh, cuánto ansiaba tu venida, cuánto!
Ya tus brisas con soplos bienhechores,
Dando á mi alma salud, secan mi llanto.

Que yo no sé qué magia habrá en tu cielo,
Y en tus pintadas aves, y en tu ambiente,
Y en tu alfombra gentil, que en dulce anhelo
Inundado el espíritu se siente.

¡Ay! no vuelvan jamás las noches largas
De invierno asolador, de espanto llenas;
¡Ay, no vuelvan jamás! negras y amargas,
Sólo pueden traer sombras y penas.

Y bien hayas ¡oh tú! que desvaneces
La niebla de mis males importuna,
Gentil recién nacida, que te meces
De flores mil en pintoresca cuna.

Deja que aspire amante tus aromas,
Que cruce tus praderas peregrinas,
Que escuche el arrullar de tus palomas
Y que beba en tus fuentes cristalinas.

Que de tu cielo mire la pureza,
Que acaricien tus brisas mi semblante,
Y que, admirando tu sin par belleza,
Me inspires grata y tu belleza cante.

Ya mira renacer el alma mía
La bienhechora luz de su esperanza;
¡Benditos sus destellos de alegría
Y bendito el Poder que á tanto alcanza!

¡Oh preciosa estación! Yo, tras la cumbre
Que envolvía la noche misteriosa,
Ví á la aurora ostentar su casta lumbre,
Pintando el cielo de amaranto y rosa.

Yo miré aparecer por el Oriente,
Surcando mares de carmin y gualda,
El rojo sol altivo y esplendente,
Que baña en luces la florida falda.

Yo comprendí con plácido embeleso
Lo que en sus cantos dícense las aves,
Y he sorprendido el fugitivo beso
Que dan las áuras á las flores suaves.

Yo ví en revueltos giros seductores
Revolar las pintadas mariposas,
Y al posarse en las hojas de las flores,
¡Ay! yo sé que les dicen muchas cosas.

Y escuché de la fuente en el murmullo,
Y en el sordo zumbiar de las abejas,
Y del ave feliz en el arrullo,
Notas de amores y sentidas quejas.

Y la faz inundábaseme en llanto
Al comparar su dicha y mis enojos,
Y poco á poco el mísero quebranto
Íbase con el llanto de mis ojos.

«¡Oh! ¿quién puede no amar, si la natura
Es toda dulce amor?» exclamé al cabo,
Y añadí, sollozando de ternura:
«¡Amor, sublime amor, yo soy tu esclavo!»

VII.

Te amaré, niña mia, si tus ojos
Me inundan en su hermosa claridad;
Si con beso de amor tus labios rojos
Premian mi ardiente afan.

Te amaré si con bárbaros desdenes
Me destrozas airada el corazon;
¡Ay! yo no sé, mi rubia, lo que tienes,
Que tanto te amo yo.

No bastarán los años á olvidarte;
No bastarán mi ausencia y tu desden:
¡Estaba escrito! es mi destino amarte,
Y siempre te amaré.

VIII.

¡Jamás he de olvidarte!
Mi amor, ¿por qué lo dudas,
Si lo digo llorando,
Y si es mi alma, más que mía, tuya?

¿Ignoras que tus ojos,
Que dulce llanto anubla,
Son los espejos cándidos
En que contemplo toda mi ventura?

¿No sabes, dí, no sabes,
Mi bien, mi dicha única,
Que, para amarte siempre,
Mi inmenso amor con mi deber se aduna?

Ántes que yo te olvide,
Mi idolatrada rubia,
Faltaré luz al astro
Que nuestras dichas envidioso alumbrá.

De eterno amor mi pecho
Guarda la llama pura;
Arde para tí sola:
¡Ay! no temas jamás que se consuma.

Sólo una vez se ama
Como te adoro, una,
Y áun poco es para amarte
La vida humana, efímera y caduca.

¡Oh, sí! Ni cuando muera
He de olvidarte... ¡Nunca!
Que mi sepulcro yerto
De un nuevo amor sin fin será la cuna.

IX.

EN EL ÁLBUM DE MI DISTINGUIDA AMIGA
LA SRTA. D.^a CRISTINA CRESPO Y HUERTAS.

Niégueme el sol ardiente sus resplandores,
Si la luz que derraman sus rayos rojos
No es la pálida copia de los fulgores
De la luz hechicera que arde en tus ojos.

Celos la aurora
Siente al ver tus mejillas, y aljófara llora;
Y llenas de profundos, tristes agravios,
Se marchitan las rosas en su mañana,
Si miraron la dulce color de grana
Que hay en tus labios.

El melodioso trino que exhala el ave
Y que las áuras llevan con vuelo breve
No iguala en lo sonoro, ni en lo süave,
Á tu voz argentina, que el alma mueve.

Raro portento

Plugo al cielo que fueras, y, en complemento,
De belleza tan suma por digna esencia,
Dios, que miles de gracias en tí resume,
Derramó en tus encantos todo el perfume
De la inocencia.

Y—lo tengo por cierto:—dice la fama
Que, cuando el Sér Supremo te hubo creado,
Cual Padre bondadoso, que amor derrama,
Te miró luengas horas extasiado.

Nada indecisa,

Brilló en su boca pura blanda sonrisa;
Y, admirando tu gracia (que casi sobra
Á dar de su grandeza concepto justo),
Exclamó satisfecho su labio augusto:

«¡Esa es mi obra!»

X.

En vano dices que te causo enojos:
Soy en amores ducho,
Y embebecido con mirar tus ojos,
¿Qué quieres? ni te creo, ni aún te escucho.
Viva y dulce y magnífica es la llama
Que en tus pupilas arde y que me inflama;
Á tus ojos se asoma
Ébria de amor tu alma y sin agravios,
Y ¿piensas, mi paloma,
Que me apenen las frases de tus labios,
Mientras tan amorosos resplandores
En tus luceros vea...?
¡Cierra, niña, los ojos delatores,
Si quieres que te escuche y que te crea!

XI.

 Mi rostro escaldaba impía
De llanto abundosa vena,
Y, presa de amarga pena,
El pecho triste gemía.
Yo cruzaba mi bravía,
Áspera senda de abrojos
Y no miré, en mis enojos,
Brillar con celeste calma
La dulce luz de tu alma
En los astros de tus ojos.

¡Tus ojos! por sus destellos
Constantemente deliro;
¡Aun en mi sueño los miro,
Que no sé qué tienen ellos!
Porque, al mirarlos tan bellos,
Inúndame tal ventura,
Que hasta pienso, en mi locura,
Que á tus ojos de paloma,
Para mirarme, se asoma
De mi madre el alma pura.

¡Mi madre y tú! Grata estrella
Preside á mi frenesí....
¡Nunca, nunca pienso en tí,
Sin que á la vez piense en ella.
Miro en tí su imágen bella,
Merced á extraño espejismo;
En dulces dudas me abismo,
Y, en tan rara confusion,
Me pregunto con fruicion:
¿Sois dos séres, ó un sér mismo?

¡Oh! no quiero penetrar
Este arcano, que es mi vida,
Y con mi madre querida
Te adoro en un solo altar.
Juntas os he de adorar
Con incansable desvelo;
Ella y tú sois mi consuelo....
¡Qué suprema dicha encierra
Verla contigo en la tierra,
Verte con ella en el cielo!

XII.

¡ÁMAME!

EPÍSTOLA.

Deja que una vez más, hermosa mía,
Te diga cuánto el alma enamorada
En tu amor se deleita y se extasía.

Estoy léjos de tí: desapiadada
Quiere la suerte, para darme enojos,
Que no pueda mirarme en tu mirada,

Y del destino adverso por antojos,
No pudiendo, mi bien, vivir sin verte,
Cuando te quiero ver, cierro los ojos.

Mas estoy resignado con mi suerte,
Porque es tal nuestro amor, tan firme y puro,
Que extinguir no podrá sino la muerte;

Y estoy de tu constancia tan seguro
Como estoy de la mía; que es tu pecho,
Por su firmeza, diamantino muro.

Alguna vez, en lágrimas deshecho,
Maldigo la crueldad de mi fortuna,
Que de tí me separa á mi despecho.

Mas la pena que entónces me importuna
Cede su puesto á la ventura grata,
Tus cartas al leer una por una.

¡Cómo en ellas, mi rubia, se retrata
Tu amante corazón! ¡Cómo la historia
Encierran de este nudo que nos ata!

Ellas mi dicha son, mi única gloria;
¿Preguntas si las leo...? Tanto y tanto,
Que ya sé repetir las de memoria.

Ellas alivio son de mi quebranto;
Ellas me dan contra la pena abrigo:
¿Pudiera no leerlas, cielo santo?

Trasportarme á tu lado así consigo,
Y, al repetir sus frases bienhechoras,
Me parece, mi bien, que hablo contigo.

Y me traslado á las felices horas
En que inmóvil, de pié junto á tu reja,
Miraba tus pupilas seductoras;

Y pienso oír tu candorosa queja,
Tan dulcemente triste, en que la palma
De tu amor bendecido se refleja;

Y después imagino que, sin calma,
Con suspiros ardientes te contesto,
Que son brisas del Mayo de mi alma,

Y que luégo mi amor te manifiesto,
Con deliquio besándote en la boca....
Sólo de pensamiento, por supuesto.

¡Oh inexplicable amor! ¡Cuántas evoca
Imágenes risueñas de ventura,
Con exaltado afán, mi mente loca!

¿Y dudarás aún de la ternura
Que el ánima al bañarse experimenta
En la luz de tu amor plácida y pura?

¿No sabes tú que si mi pecho alienta
Lo debe sólo á tí, cuyo cariño,
Cual por ensalmo, mi pesar ahuyenta?

¡Oh, no puedes dudarlo! Desde niño
Te confesé mi amor en tiernos versos
Hechos con candoroso desaliño.

No eran sonoros, es verdad, ni tersos,
Pero expresaban mi pasión naciente
De mil ingenuos modos y diversos.

¿Te acuerdas....? Tú aguardabas sonriente,
Y trémulo al llegar á tu ventana,
Entornabas sus puertas de repente.

Luégo, la faz con el color de grana
Asomabas al fin y me decías:
«Hoy hablar no podemos: vén mañana.»

¡Huyeron para siempre aquellos días
Y sombríos vinieron entretanto
Éstos de interminables agonías!

Con aquella ventura este quebranto
Compara, y, como yo, dulce bien mío,
Contener no podrás el triste llanto.

En hora bien fatal el hado impío
Sobre ambos descargó con mano fuerte
El acero de ausencia aleve y frío.

En vano.... Mas no debo entristecerte:
¿Por qué anublar tus ojos la tristeza,
Si sabes que te adoro hasta la muerte?

Espera resignada y con firmeza;
Juntos los dos muy pronto llorarémos,
Ya que llorar de gozo no es flaqueza.

Y ¡con cuánta emocion recordarémos
De esta ausencia terrible los enojos!
¡Cómo entónces, mi rubia, charlarémos!

¡Cómo, al mirarme en tus azules ojos,
Me extasiaré de modo que no advierta
Las dulces frases de tus labios rojos!

¡Cómo el amante corazon la puerta
Tendrá á todo pesar siempre cerrada,
Y á la ventura y al placer abierta!

Miéntras tanto, mi rubia idolatrada,
Sueña conmigo, que tambien yo sueño
Con tu amor, y tu acento, y tu mirada.

Piensa en que es vano el inclemente empeño
Con que este lazo deshacer pretenden
Que anudó el Hacedor, supremo dueño.

Almas como las nuestras no se venden;
Nada es para comprarlas un tesoro,
Y más y más en santo amor se encienden.

Adios, mi amada de cabellos de oro;
Con mi amorosa epistola te envío
Entera el alma con que fiel te adoro.

Espero en impaciente desvarío
De tu fé la expresion, libre de agravios,
Y pues beso tus cartas, ángel mio,
Bésalas, y creeré besar tus labios.

XIII.

Á MI QUERIDO AMIGO EL JÓVEN POETA
D. JUAN ANTONIO CAVESTANY.

—Niña que ayer charlabas y reías,
¿Por qué tan triste y tan despacio vas?
¿Por qué no cantas como en otros días?
¿Por qué llorando estás?

¡Cuánta mudanza en tu semblante advierto!
Díme, ¿qué causa tiene tu dolor?
¿Te han reñido quizás? ¿Tu madre ha muerto?...
—No es éso, no, señor.

—Entonces, ¿qué pesar tu rostro altera?
¿Por qué lloras?—Yo misma no lo sé.
—Y ¿cómo no?—¡Si recordar pudiera
Lo que anoche soñé...!

—¿Soñaste?—Mil imágenes de gloria
Vi en sueños.... ¡eran ángeles quizás!
Pero ¿por qué, Dios mio, mi memoria
No se acuerda de más?

¿Qué habré soñado? Pienso, y... ¡suerte impía!
En vano estoy pensando: no lo sé;
Sé sólo que al venir la luz del día,
Llorando desperté;

Que los juegos me aburren; que ando huyendo
De las alegres niñas de mi edad;
Que, pensando unas cosas que no entiendo,
Busco la soledad;

Que en mis labios ha muerto la sonrisa,
Y que, presa de extraña agitacion,
Suspira el triste pecho y más aprisa
Me late el corazon;

Que, al ir á darme un beso de ternura
Mi buena madre, el rostro retiré;
¡Me he vuelto huraña...! Y lo que más me apura
Es que no sé por qué.

¿Y vos? ¿Sabréis quizás por qué hice éso?
Por compasion, decid, ¿lo sabeis vos?
En cambio del secreto, os daré un beso....

¡Besos...! nó, ¡nó, por Dios!

Pero ¿no veis cuál corre el llanto impío
Y cómo al par aumenta mi gemir?
Enferma debo estar.... ¡cierto! ¡Dios mio,
Si me iré yo á morir!

En mi mano, hace un mes, feliz comía
La tórtola que Juan me regaló,
Pero se puso triste el mejor dia,
Y al cabo se murió.

Mas ¿nada me decís? ¿Qué habré soñado...?
¡Oh, yo no soy la misma que era ayer!
¡Quizás por otra niña me han cambiado!...
—(¡El capullo es ya flor!) ¡Adios, mujer!

XIV.

Muy poco he meditado, y ya me explico
Para qué sirve, niña, tu abanico.
El rojo sol que en las alturas arde
Miró tus ojos bellos,
No sé si una mañana ó si una tarde;
Mas la verdad del caso
Es que, al ver frente á frente sus destellos,
Apresuró su curso hácia el ocaso.
Desde entónces en lidia
Vive con el pecado de la envidia,
Y tú, para evitar tristes sonrojos
Al astro avergonzado,—me lo explico:—
Pones, como una nube, el abanico
Entre el sol y los soles de tus ojos.

XV.

Bendita mía,
Rubia adorada,
Luz de mis ojos,
Bien de mi alma,
¿Por qué suspiras?
¡Ay! ¿por qué bañas
Tu purísimo lecho de virgen
Con tristes lágrimas?

No me lo ocultes;
¡Oh, nó! sé franca
Con este misero
Que te idolatra.

Amor no existe
Sin confianza:
Estrellita que alumbras mis pasos,
¿Ya no me amas?

Niña, en buen hora
No digas nada,
Si alegres dichas
Tu pecho guarda;
Mas si las penas
Te lo desgarran,
¿Quién mejor que tu pobre poeta
Debe llorarlas?

Sé que orgullosas
Vuelan las áuras
Con tus suspiros,
Con tus plegarias;

Sé que tu lloro
Reciben ávidas
Las violetas que viven debajo
De tu ventana,

Sé que mirando
La luna blanca,
Pálida, insomne,
Las noches pasas;
Que así te encuentra
La aurora casta,
Cuando pinta el Oriente de rosa,
De nieve y gualda.

¡Oh! No más llores,
Rubia adorada,
Luz de mis ojos,
Bien de mi alma.

¡Si tú supieras
Qué mal me causa
Esa lágrima impía que pende
De tus pestañas!

Pródiga en males
Suerte contraria,
De mí te aleja
Feroz y airada.
Sobre nosotros
Se ciernen bravas
Las salvajes tormentas indómitas
De la desgracia.

Mas ¿no vislumbras
En lontananza
La blanca estrella,
Signo de calma?

Espera, niña:
¡Vendrá mañana,
Y las nubes huirán presurosas
Y avergonzadas!

Y nuestros ojos,
En sus miradas,
Más elocuentes
Que las palabras,
Radiando júbilo,
Dirán: «¡Bien haya
El dulcísimo amor que se riega
Con tiernas lágrimas!»

Ojos azules,
Cielos de un alma,
Espejos míos
Que el llanto empaña,

No vertais perlas;
¡Ay, nó, guardadlas,
Que preciosa señal de alegría
Serán mañana!

Bendita mia,
Rubia adorada,
Luz de mis ojos,
Bien de mi alma,
¡Por Dios, que vela
Por los que aman!
¡Por mi amor, por el tuyo...! ¡No llores!
¡Ten esperanza!

XVI.

Bellos tus ojos son; mas, sin agravios,
¿Lo son ménos tus labios?
Contemplé con amantes embelesos
Ese rosado cráter
Por do se exhala el lánguido suspiro,
Esa cuna en que duermen tantos besos,
Y gemí como Tántalo impaciente.
Tus labios más no miro,
Ya que no han de calmar mi sed ardiente;
Y pues en vano siento los antojos
Que tu sonrisa plácida provoca,
¡Ay! no aparto mis ojos de tus ojos,
Para no contemplar tu dulce boca.

XVII.

I.

Deslizábanse rápidas las horas,
Y, en plática sabrosa entretenidos,
Hablábamos los dos de lo que siempre:
De nuestro blando, embriagador cariño.

—«¿Cuánto va á que me olvidas?» me dijiste;
—«¿Cuánto—respondí yo—á que no te olvido?
«¿Apostarás un beso?» y exclamaste
Con burlona sonrisa:—«Bien, admito.»

II.

Después, pensando en nuestra dulce apuesta,
Tu sonrisa burlona he comprendido;
Mas yo, que espero merecer el premio,
Nuestro pacto sostengo y no me rio.

Verdad es que hasta el día de mi muerte
No se sabrá quién gana este litigio,
Porque hasta entónces no podré probarte
Que en toda mi existencia no hubo olvido.

Mas verdad es tambien que en esa hora,
De mi eterna lealtad por premio digno,
Mi alma tus rojos labios en un beso
Recogerán de entre los labios míos.

XVIII.

¡STABAT MATER!

Á MI DISTINGUIDO AMIGO
EL REPUTADO AUTOR DRAMÁTICO
DON PANTALEON MORENO GIL.

*¡O vos omnes qui transitis per viam!
Attendite et videte: si est dolor similis
sicut dolor meus.*

(JEREMÍAS.)

Inmenso y ronco gentío
El monte Calvario llena
Y los espacios atruena
Con informe vocerío.
En la Cruz, cárdeno y frío,
Yace Jesús espirando,
Perdon al Padre implorando
Para el populacho fiero;
María, al pié del madero,
¡Infeliz! está llorando.

No es ya la madre dichosa
Que, con dulces embelesos,
Imprimió sus puros besos
Del Niño en la faz preciosa;
No es la madre que, amorosa,
Contra el seno le estrechaba,
Que en Él su encanto miraba
Y que, con santa alegría,
Si cantando le adormía,
Cantando le despertaba.

Y no es Jesús el infante
Cuya rubia cabellera
Causar enojo pudiera
Al claro sol deslumbrante;
Ni es el varón que, triunfante,
Palmas y olivas pisando,
Entró en Salem escuchando
«¡Hossanna!» en glorioso estruendo....
¡Él está en la Cruz muriendo!
¡Su madre, á sus piés, llorando!

Ve la Virgen con tristeza
Rojas sus manos divinas;
Mira las crueles espinas
Que laceran su cabeza;
Mira que á faltar empieza
La existencia al Hombre Dios....
Y de tal martirio en pos,
Es su pesar tan prolijo,
Que la Pasion de su hijo
Es la Pasion de los dos.

Y después.... ¡El Justo espira!
¡Corre aterrado el perverso!
¡Parece que el universo,
Al ver tanto horror, delira!
Álzanse los muertos; gira
El trueno en rojo capuz;
Huye asombrada la luz,
Y la tierra se estremece....
¡Y aún María permanece
Llorando al pié de la Cruz!

Pura Virgen desolada,
Del dolor augusto templo,
Yo enternecido contemplo
Tu tristeza venerada.
Y al leer en tu mirada
Martirio que imprime horror,
Lloro de pena y de amor,
Porque comprendo, ¡oh María!
¡Que no hay pesar ni agonía,
Semejante á tu dolor!

Madres, llorad, ¡por el llanto
Que en María contemplais!
Y aunque en cruz morir veais
Á los hijos que amais tanto....
No en vuestro rudo quebranto
Penseis, con ánsia prolija,
Que el pesar de Ella os aflija
Y el corazon os taladre.
¡Cristo es hombre...! ¡Ella es su madre!
¡Cristo es Dios...! ¡Ella es su hija!

XIX.

¡Era entonces feliz! Loco de dicha,
De tu amor las protestas escuchaba,
Y, por mirar tus ojos, á los míos
Se asomaba mi alma.

Pasaron cual relámpago mis glorias,
Y hoy, que el destino aciago nos separa,
Tu retrato contemplo.... ¡En tu retrato
No me miras, no hablas!

Mas no viene un mal solo y ya medito
Que aún ese alivio no tendré mañana....
¡Ay, pronto borrarán tu imagen bella
Mis besos y mis lágrimas!

XX.

A MI QUERIDO AMIGO D. JOSÉ J. GOMEZ.

Vagos y flotantes tules,
Que vais, en camino incierto,
Cruzando el ancho desierto
De los espacios azules;

Que ora rosados festones
Simulais con tintas puras,
Ora vestís las alturas
De negrisimos crespones,

Y, ya graves, ya rientes,
Vais, con inseguros vuelos,
Ora subiendo á los cielos,
Ora bajando á las fuentes;

Vagos y flotantes tules
Que mi espíritu asombráis,
¿Adónde perdidos vais
Por los espacios azules?

¿Adónde vais? Yo os miro cubrir los horizontes,
Velando los destellos del moribundo sol;
Yo os miro coronando las crestas de los montes,
Tras los cuales la aurora ostenta su arrebol.

¿Adónde vais? ¡Oh nubes! yo en la serena tarde
Esbeltas y pausadas la esfera os ví cruzar,
Y á la luz esplendente que en las alturas arde,
Semejábais las olas de fantástico mar.

Yo os ví en el de la noche silencio solitario
Informes y hacinadas en negra confusion,
Cubrir como un inmenso, tristísimo sudario,
De la adormida tierra la lóbrega extension.

Yo os contemplé otras veces cruzar, cerca del cielo,
Los desiertos espacios en rápido tropel,
Y, amainando de pronto el fugitivo vuelo,
Formar sobre la tierra magnífico dosel.

¿Adónde vais...?; Quién sabe dó os llevará el destino!
¡Pobres nubes, juguetes del bárbaro huracán!
¡Oid...! mas nó; ya brama de nuevo el torbellino:
Seguid, seguid volando.... ¡Yo os miro con afán!

¿Qué sois, hermosas nubes? ¿Qué son vuestros colores?
Las formas caprichosas que revestís, ¿qué son?
Sólo impalpables nieblas, girones de vapores
Que el rojo sol deshace, que arrastra el aquilon.

Pasad ó deshacéos, ¡oh vaporosos tules!
No sin llanto mis ojos vuestra hermosura ven:
Cruza, cruzad veloces los espacios azules,
¡Oh símbolos fugaces de mi caduco bien!

¡Ay! son como vosotros las dulces ilusiones
Que risueña acaricia mi mente sin cesar;
Tambien para ellas soplan los rudos aquilones....
Ilusiones y nubes, ¿dónde iréis á parar?

¡Cuitadas de vosotras! La misma es vuestra suerte;
¡Sois menos que hojas secas...! ¡Girones de vapor!
La misma escasa vida, la misma triste muerte
Del hado inexorable os señaló el rigor.

Sueños, nubes, ¿adónde os llevará el destino?
¡Desdichados juguetes del bárbaro huracán!
¡Oid...! mas no; ya brama de nuevo el torbellino....
¡Adios, nubes y sueños...! ¡Dios sabe adónde van!

XXI.

I.

¿Te acuerdas? Protestas dulces
De inquebrantable constancia,
Recíprocos juramentos,
Ternezas, dudas, palabras
Por suspiros de ternura
Suavemente entrecortadas,
Quejas, inquietud, temores,
Proyectos para mañana,
Y llantos que eran sonrisas,
Y elocuentísimas pausas,
Y en nuestros amantes ojos
Mirándose nuestras almas:
Todo esto interrumpia
La importuna luz del alba.

«¡Tan pronto el día!» exclamábamos
Á un tiempo con pena amarga.

Y de la serena aurora
La luz indecisa y vaga
Pintaba allá el horizonte
De nieve, carmin y gualda.

Y del convento vecino
Anunciaban las campanas,
Con sus ecos vibradores,
La matutina plegaria.

Y las mujeres del pueblo
Abandonaban sus casas
Y acercábanse charlando.
Hacia la fuente inmediata.

Y presa en pequeña cárcel,
Muy cerca de tu ventana,
Una codorniz sus cantos
Alegremente entonaba.

¿Te acuerdas? ¡Con qué ternura
Nuestros ojos se miraban!
¡Con cuánta pasión decías:
«¡Es temprano; no te vayas!»

Y ¡con qué profunda pena
Mi labio al fin exclamaba:
«Adios, que sueñes conmigo;
Alma mia, hasta mañana!»

II.

Qual siempre en tu amor pensando,
No pude anoche dormir,
Y á solas con mis pesares
He pasado por allí.

La aurora por el Oriente
Pintaba el ancho zafir
De hermosa nieve, de gualda
Y purísimo carmin.

Las campanas del convento,
Con sonoro gemir,
Sus monótonos acordes
Daban al aura sutil.

Hacia la fuente, charlando,
Con placentero reír,
Pasaban, como otras veces,
Las mujeres junto á mí.

Y, cerca de tu ventana,
Saltando alegre y gentil,
Cantaba, como hace un año,
La parlera codorniz.

¡Ay! trasportado un instante
Á aquel tiempo me creí,
Y «¡hasta mañana!» en tu reja
Dije amoroso y feliz.

Y al reconocer mi engaño,
Exclamé llorando, al fin:
«¡Sólo ella falta...! ¡Dios mio,
Para siempre la perdí!»

XXII.

Si nunca ha de lucir en tu mirada
(Que fuera, si más plácida, más bella)
De ardiente amor la vívida centella

Por que suspira mi alma enamorada;

Si nunca ha de cesar, niña adorada,
El desden que tu rojo labio sella;

Si inexorable decretó mi estrella

Que viva mi pasión desesperada,

Áun concibe el cuitado pensamiento
Un mezquino consuelo á mi quebranto,
Un miserable alivio á mi tormento.

El pensarlo tan sólo me da espanto:
¡Ódiame, por piedad, ódiame tanto,
Que más rencor abrigues que amor siento!

XXIII.

I.

—«¿Qué haré sin tu amor?» te dije,

Presa de angustioso afán:

«¡Si nunca podré olvidarte!

¡Si yo no sé más que amar!»

«¿Qué haré sin tu amor, bien mío?»

Repetí con ansiedad,

Y tú, con alma insensible,

Me respondiste:—«Llorar.»

Copioso raudal de lágrimas

Bañó mi pálida faz,

Y, cuando te retiraste

Sonriendo sin piedad,

Exclamé, loco de pena:
—«¡Anda! Dios permitirá
Que me preguntes: ¿Qué haré?
Y yo conteste: ¡Llorar!»

II.

Llorando te ví otra noche
Cual no lloraste jamás;
—«¿Qué haré sin tu amor?» dijiste,
Con pena á mi pena igual.

Esta frase, que era mia,
Me recordó tu maldad;
Reirme de tu amor quise,
Pero lloré á mi pesar.

Y al ver en tus bellos ojos
Retratándose tu afán,
Y al sentir de amor la llama
Más intensa y más voraz,

—«¡Ay!» te repliqué llorando:
«¿Qué sin mi cariño harás?
¡Por tí me juzgas...! ¡Ingrata!
¿Piensas que te he de olvidar?»

XXIV.

Á C....

¡Qué feliz debes ser! Amas á un hombre
Con toda la efusion de tu alma bella,
Y él te adora igualmente, y en tus ojos
Su ventura contempla.

Él, mirándose en tí, con tus palabras
Sus dulces ilusiones alimenta;
Tú, mirándote en él, en alegrías
Cambias todas tus penas.

¡Qué feliz debes ser! Cuando amor funde
En uno dos espíritus, y eleva
Dos pechos que palpitan para amarse,
Es un cielo la tierra.

Es un cielo la tierra, un paraíso
En que las áuras fugitivas vuelan,
Henchidas de suspiros de ternura
Y de palabras célicas.

Amáos siempre, siempre, como ahora;
Realizad la ilusión de una existencia
Que, sin amor, es pájaro sin trinos
Y desvalida hiedra.

Yo vuestra dicha admiro, y no es posible
Que esté mi admiración de envidia exenta:
¡Vivís vosotros en eterno día!
¡Yo vivo en noche eterna!

¡Sed felices! ¡Que nunca, nunca pase
De vuestro amor la dulce primavera,
Que cuando dos se adoran, se convierte
En un cielo la tierra!

XXV.

QUIEN TAL HIZO, QUE TAL PAGUE.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO

EL INSPIRADO POETA D. LUIS MONTOTO.

I.

¡Vedla: es la infiel! Ya no brilla,
Dando á las flores agravios,
El carmin puro en sus labios,
Ni hay rosas en su mejilla.

¡Vedla! En pago de su artera
Falsedad, vive constante
Retratada en su semblante
La palidez de la cera.

Sus ojos se han vuelto rojos
De llorar hora tras hora,
Porque tanto, tanto llora,
Que son dos fuentes sus ojos.

¡Miradla! Loca de afan,
Decir una vez la oyeron:
—«¡Qué horas tan dulces se fueron!
¡Qué amargas horas vendrán!»

Y dice el pueblo, pensando
En su delito tremendo:
—«¡Quien dió la muerte riendo,
Justo es que viva llorando!»

II.

En vano, sintiendo enojos
Por su dolor inhumano,
Seca su trémula mano
Las lágrimas de sus ojos;

Que, como es tan abundante
De sus lágrimas la fuente,
Sin libertad su corriente
No puede estar ni un instante.

En vano, cuando la abisma
Algún negro pensamiento,
Huye del remordimiento,
Que vive su vida misma;

Porque unido á la existencia
Va de la conciencia el grito,
Y es implacable, infinito,
El grito de la conciencia.

Y el pueblo la va mirando
Con horror, y repitiendo:
—«¡Quien dió la muerte riendo,
Justo es que viva llorando!»

III.

Si alza los ojos al cielo,
La hermosa luz se le oculta,
Porque en sombras los sepulta
De sus lágrimas el velo.

Escándalo de la aldea,
Su rudo pesar devora,
Y oye siempre:—«¡La traidora!
¡Vedla! ¡Ahí va...! ¡Maldita sea!»

—¡Desdichada! tu quebranto
Hay quien sepa comprender;
¡Yo junto, pobre mujer,
Mis lágrimas con tu llanto!

¡Que la fé no te abandone!
¡Tras la muerte está la luz!
¡Por el peso de tu cruz,
Que Dios tu crimen perdone!

Y el pueblo la ve espirando,
Inexorable diciendo:
—«¡Causó la muerte riendo,
Y vivió y muere llorando!»

XXVI.

En el mal incurable de que muero,
Ya que tu dulce amor esperé en vano,
Ódio pido siquiera, ódio inhumano:
Fuego es el ódio que al desden prefiero.

Pero es inútil mi rogar postrero
Y en balde en repetírtelo me afano,
Que es tan constante tu desden tirano,
Que ni amor, ni piedad, ni aún ódio espero.

Ávida y ciega el ánima se lanza
En pos de una esperanza que es segura:
¡Oh tristísima y última esperanza!

Pues tanto el cáliz del dolor apura
Mi infortunado amor, ¡ya no se alcanza
Que mayor pueda ser mi desventura!

XXVII.
À MI MADRE.

Madre, mi buena madre,
Aquí me tienes,
Que he venido llorando,
Llorando á verte,
Pues las campanas
Me han dicho que es tu dia,
Madre del alma.

Sentí tocar á muerto;
Dije al instante:
—«¡Es su dia! ¿Qué hijo
No ve á su madre?»
Madre querida,
Mírame aquí, á tu lado;
¡Felices dias!

¡Todo un año sin vernos!
¡Oh, todo un año!
¿Cómo contigo pude
Ser tan ingrato?
Madre, perdona,
Que, aún así, siempre vives
En mi memoria.

¿No has de vivir? ¿Pudiera
Nunca tu hijo
Tus preciadas caricias
Dar al olvido?
¡Pues si me duermo
Pensando en tí, y pensando
En tí despierto!

Pienso en tí y en las horas
De mi inocencia;
¡Qué tiempos tan felices!
Madre, ¿te acuerdas?
Y ¡ya se han ido!
Y ¡no han de volver nunca...!
¡Nunca, Dios mío!

Dormía yo en la cuna;
Tú me arrullabas....
¡Nunca á escuchar he vuelto
Notas tan blandas!
¡Si eran tus cantos!
¿Qué labios los entonan
Como tus labios?

Ni ¿qué besos hay dulces
Como los besos
Que ahuyentaron sabrosos
Mi leve sueño?
No eran süaves
Soplos de brisas; eran....
¡Besos de madre!

¿Y tus ojos benditos?
¿Y tus miradas,
En que tu alma serena
Se reflejaba?
¡Quizás no pudo
Dios hacer otros ojos
Como los tuyos!

Y ¿te has muerto, mi madre?

Y ¿tú te has muerto?

Y ¿sin verte yo vivo...?

¡Oh! ¡no te quiero!

Si te quisiera,

¿Cómo no me matára

Mi horrible pena?

Pero, madre, ¿qué he dicho?

¿Que no te amo...?

Dije bien, muy bien dije:

Que te idolatro.

¡Ay, madre mía!

Locura es mi cariño,

¡Idolatría!

Tú mi mano besaste;

Yo lo recuerdo,

Y, triste y reverente,

Mi mano beso.

¡Consuelo santo!

Do pusiste tu boca,

Pongo mis labios.

Madre, madre bendita,
Mira mis penas;
Son muchas, son muy grandes,
¡Ay! son inmensas.
Mira mis lágrimas;
Que tu amor las enjague,
Madre del alma.

Te has muerto, y yo no vivo:
¿Es vida acaso
La miserable vida
Que, sin tí, arrastro?
Madre, contempla:
¿Qué ha de hacer sin el tronco
La pobre hiedra?

Tu ausencia, por fortuna,
No será larga,
Que en deseos de verte
Arde mi alma.
Muy abrazados,
¡Bien en tu sepultura
Cabrémos ámbos!

Madre, mi buena madre,
Si amante á verte
He venido llorando,
Llorando siempre,
Permita el cielo
Que así otra vez no venga:
¡Que venga muerto!

OSUNA, 2 DE NOVIEMBRE, 1876.

XXVIII.

Entumecido vas, pobre mendigo,
En busca de posada;
En el nombre de Dios pides abrigo....
¡Nádie de tí se apiada!

Prosigues vacilante, pero en vano;
Y ¡es la noche tan fria!
Yerto estás, mas espera, pobre hermano,
Espera todavía.

¿Divisas una luz que alumbra incierta?
De Dios llega en el nombre;
Fuego y pan hallarás tras esa puerta,
Que allí habita un buen hombre.

¡Ay! ¡Si cual tú, encontrára con mi ruego
Á mis dolores calma!
¡En balde, ha mucho tiempo, busco fuego
Para el frio del alma!

XXIX.

Á R...

Nécios amantes
Con frases vanas
Te prodigaron
Mil alabanzas.

Huri te dicen,
Sífide, y hada,
Y otras lindezas,
¡Qué sé yo cuántas!

Por éso, niña,
Por éso pasas
Ante el espejo
Las horas largas.

Por éso altiva,
Torpe y ufana,
De tu belleza
Vas tan pagada.

Los que te adulan,
¡Qué mal te causan!
Si lo supieras,
Tú los odiáras.

¡Ay, te engañaron
Con sus palabras!
¡Eran muy dulces,
Pero muy falsas!

La verdad oye,
Pobre muchacha,
Y ojalá quieras
Aprovecharla.

Va á entristecerte,
Pero repara
Que las verdades
Son las que amargan.

Los que te dicen
Que hay en tu cara
Dos soles bellos
En que se abrañan,
 Más te quisieran
Si reprocháran
Lo indecoroso
De tus miradas.

Niña, es muy cierto:
Mirando, matas,
Mas no á los hombres,
Sino á tu alma.

Más bella fueras
Si no miráras
Á todo el mundo
Tan descarada.

¡Oh, cómo dice
La vista baja
Que está una jóven
Bien educada,
 Y que practica
Las dulces máximas

De la modestia,
Que es virtud santa!

No fuera justo
El que negára
Que hay en tus labios
Belleza y gracia,
 Cuando suspiras,
Y cuando charlas,
Y cuando ríes
Atolondrada.

Yo lo confieso,
¡Ay, pero cuántas,
Cuántas mentiras
Ellos no exhalan!
 ¡Cuántas promesas
No dieron vanas!
¡Qué mal no hicieron
Con sus palabras!
 Y hasta una amiga
Que mucho amas,

De ellos ha dicho
Cosas *non sanctas*.

Más bellos fueran,
Y es cosa llana,
Si nunca, nunca,
Los desplegaras.

Y ¿á qué cansarte?
Es tu garganta,
Como te dicen,
Mórbida y blanca;
Tu talle, esbelto
Como la palma;
Tu mano, breve
Y delicada;

Y es tu hermosura
Extraordinaria,
Desde el cabello
Hasta la planta.

¡Qué hermosa pompa!
¡Qué bellas galas!

¡Si eternas fueran...!

¡Si no pasáran...!

¡Ay, son lo mismo

Que espuma vana!

¡Cualquiera cosa

Las desbarata!

La primavera

Se lleva rápida

Sus gayas flores,

Sus leves áuras.

Luégo el estío

El campo abrasa,

Y otoño triste

Secas arrastra

Las pobres hojas

Que engalanaban

Las ya desnudas,

Áridas ramas.

De tal manera

Pasan las gracias,

Veloces como
Dichas humanas.
 Pronto una arruga
Desapiadada
Surca alevosa
La frente blanca,
 Y de los rizos,
Impía cana
El reluciente
Ébano mancha.
 Y luégo, ¡luégo...!
¿Dó están las galas
De que hoy te muestras
Enamorada?
 Medita, niña:
Sólo no pasa
De las virtudes
La dicha santa.
 Pon en el cielo
Tus esperanzas,
Y no en caducas
Dichas mundanas.

Mira que corres
Extraviada
Por la ancha senda
De tu desgracia.

Hoy, ¡nada vales!
Pese á tu charla
Y á tu hermosura
Tan decantada:

Porque á par tienes,
Niña, ¡qué lástima!
Hermoso el cuerpo,
Deforme el alma.

XXX.

Llegó el florido Mayo; miré tu faz
De la aurora bañada por el carmin;
Nuestros suspiros, tiernos brisa fugaz
Oyó con envidioso, leve gemir.

.
Ya ha vuelto el florecido mes del amor
Con sus auroras castas de tibia luz;
Ya el áura bulliciosa besa la flor....
¿Dónde, alma de mi alma, dónde estás tú?

.
Cuando ostente otro Mayo sus galas mil
Y sus auroras suaves de rosicler,
Cuando besen sus áuras la flor gentil....
¡Oh esperanza postrera! ¡Dónde estaré!

XXXI.

À LOS MUERTOS.

Huyendo viene del rumor del mundo
Este infeliz que á vuestro imperio acude;
¡Oh! permitid que con amor profundo
Mi lira melancólica os salute.

¡Muertos, salud! No me impidais esquivos
Que me guarezca entre despojos yertos;
¡Dicha y paz no hallé nunca entre los vivos,
Y hallo, al fin, paz y dicha entre los muertos!

¡Dormid! no regará vuestros despojos
De nécia compasion acerbo llanto:
¿Por qué, si os miran áridos mis ojos
Con dulce envidia y sin dolor ni espanto?

Yo admiro vuestra paz; ¡ay! yo deseo
La perdurable paz que aquí se encierra;
Yo la busco en el mundo, y no la veo....
¿Cómo, si está debajo de la tierra?

Decidme, ¿no es verdad que vuestras frentes
Nunca piensan en rudos desengaños
Y que, en calma eternal, indiferentes,
Mirais pasar los años tras los años?

¿No es verdad que este suelo silencioso
Nunca profanan con su voz impura
Los célos, la ambicion, el vicio odioso,
La calumnia soez, la vil usura?

¿No es verdad que del mudo cementerio
El recinto no manchan la falsía,
Ni el homicidio atroz, ni el adulterio,
Ni el robo, ni la torpe hipocresía?...

Yo, al mirar vuestra paz, falto de calma,
Ódio mi vida, envidio vuestra suerte,
Y tan mal en mi cuerpo vive el alma,
Que dicha no hallaré sino en la muerte.

¡Muertos! abridme entre vosotros lado
Do la materia mísera se aloje:
¡Mi vida es flor que el cierzo ha marchitado...!
¡Fuerza será que pronto se deshoje!

XXXII.
CANTARES.

I.

De orar por mi madre vengo
Y he visto, rubita mia,
Las luces del cementerio.

Las luces del cementerio
Son tristes, pero es más triste
La vida que estoy viviendo.

II.

¿Qué daño te hice?
¿Por qué mal me tratas?
Adorarte con ciega locura
Fué mi única falta.

III.

Dicen que lánguido el cisne,
Cuando su muerte presente,
Deja oír un triste canto
Que se acaba con su muerte.

Que se acaba con su muerte,
Porque su canto es muy triste,
Y la muerte es ángel bueno
Que del dolor nos redime.

Que del dolor nos redime,
Y hasta tanto que se acerca,
¡Tienen su asiento en las almas
Tantas penas...! ¡Tantas penas...!

IV.

¡Qué cortas eran las noches
En que tu amor me jurabas!
Y ¡qué largo se hace el tiempo
Cuando ha muerto la esperanza!

V.

Más vale que no me quieras:
¿Qué me sirve tu cariño,
Si no compartes mis penas?

VI.

¡Qué bien se me emplean
Mis penas amargas!
Más merece, sin duda, quien quiere,
Quien quiere á una ingrata.

VII.

¡Mira tú si seré bueno!
Tu mano me está matando,
Y yo la mano te beso.

VIII.

Conforme el sol se ocultaba,
Á llorar yo me ponía
Las penitas de mi alma.

Las penitas de mi alma,

Que son como las estrellas:
Que nadie puede contarlas.

IX.

¡Qué bella es la luna!
¡Qué dulce y qué bella!
Así fueron, mujer fementida,
Tus falsas promesas.

¡Qué triste el destello
Del sol en ocaso!
Aun más tristes son, niña, mis penas;
Más triste es mi llanto.

X.

Dicen los que no lo entienden
Que contra el amor, distancia;
¡Ay! yo no puedo olvidarte,
Porque te llevo en el alma.

XI.

Vén, niña, y dame la mano;

Mira que hay muchos abrojos
Y el caminito es muy largo.

XII.

¡Pobrecita madre mia!
Ya se me ha muerto mi madre,
Tanto como la quería.

XIII.

Pasaba su entierro
Y dije llorando:
Ya estoy solo, solito en el mundo....
¡Pronto iré á tu lado!

XIV.

¡Á mí no me quiere nádie!
Las madres son las que quieren,
Y ya se murió mi madre.

XV.

No te quiero, no te quiero;
Yo quiero á quien no me quiere,

Y á tí quererte no puedo.

XVI.

Dame, niña, un desengaño;
No me des una esperanza:
Los desengaños enseñan;
Las esperanzas engañan.

XVII.

Cuando mi madre moría,
Yo inconsolable lloraba
Y mi vecino reía.

Después, su madre murió;
Él lloraba inconsolable
Y entonces reía yo.

¡Qué grande es nuestro egoismo!
Nádie siente, á nádie importan
Las penas de su vecino.

XVIII.

Si las grandes penas son
Presagios de gran placer,
Alégrate, corazón:
¡Qué dichoso vas á ser!

XIX.

Estaba la mar en calma,
Y la puso en movimiento
El torrente de mis lágrimas.

XX.

Los ricos tienen palacios,
Lujo y espléndida mesa;
Pero no aman, porque tienen
Los corazones de piedra.

Suda el pobre todo el día
Por un pedazo de pan,
Mas viven en su cabaña
Paz, amor y caridad.

Anda este mundo al revés;
Se han vuelto locos los hombres:
¡Qué pobreza la de un rico!
¡Qué riqueza la de un pobre!

XXXIII.

Tan süave pesar el alma mia
Oprime, de mi suerte en la aspereza,
Que más parece sin igual terneza
Que punzadora y bárbara agonía.

Triste paso la noche y triste el dia
En llorar tu desden y mi flaqueza,
Pero esta melancólica tristeza
Por ningun sentimiento cambiaría.

Ántes, cual hora en mísero quebranto,
Á la muerte llamé con alma fuerte,
Como anhelado fin á duelo tanto.

Mas mi pena en tan dulce se convierte,
Que, por vivir con ella y con mi llanto,
Ser quisiera inmortal y ódio á la muerte.

XXXIV.

LA MEJOR POESÍA.

Á MI PADRE.

En vano alcanzar creí
Á cantar lo que me inspira
Tu santo amor, ¡ay de mí!
¡Padre, no tiene mi lira
Acentos dignos de tí!

Si quieres mi adoracion
Conocer, tu amor no intente
Que la diga en mi cancion:
Latiendo, más elocuente
La expresa mi corazon.

Deja, pues, que viva en calma
Mi amor, que es idolatría,
Oculto en el alma mía....
¡La que no sale del alma,
Ésa es la mejor poesía!

XXXV.

¡OLVIDAME!

EPÍSTOLA.

Yo te adoro, mi bien, hasta el delirio,
Y tu pena al mirar, lleno de espanto,
Mayor que tu martirio es mi martirio.

Y ¿yo la causa soy de tu quebranto?
¿Por mí derraman tus azules ojos
Las purísimas perlas de su llanto?

Y ¿yo te adoraré, si tus enojos
No procuro calmar, si no destierro
De tu áspero camino los abrojos?

¿Piensas, hermosa mía, que es de hierro
Mi pecho, que en amar lleva la palma,
Y en que tu imagen bendecida encierro...?

¡Oh, vuelva á tí la bienhechora calma!
¡Yo embotaré en tu senda las espinas,
Siquiera las despunte con mi alma!
De nuestro amor las flores peregrinas
Velaron á mis ojos el abismo
De profundo dolor por que caminas,
Y en dulce y amoroso paroxismo,
No ví tu pena, por mirar mi gloria....
¡No era mi amor amor: era egoísmo!
Mas pasó mi ceguera transitoria;
Te amo al fin, y te digo, hoy que te amo:
«¡Destiérrame, por Dios, de tu memoria!»
En nombre de mi amor te lo reclamo;
Olvidame, mi bien, y no te importe
El llanto que al decírtelo derramo.
¿Dónde la nave mísera, sin norte,
Irá á parar...? ¡No léjos, que es probable
Que mi existencia mi dolor acorte!
No te apene la vida miserable
Que arrastraré; no peses mi amargura,
Que ¿quién puede pesar lo imponderable?
¡Olvidame! Aún existe la ventura

Para tu corazón; mi amor inmenso,
Al par triste y alegre, te lo augura.

Dichas para tí restan, y hasta pienso
¡Pensamiento crüel! que ha de agradarte
De nuevos amadores el incienso.

Yo, miétras, viviré para adorarte,
Sin que el recuerdo de tu amor bendito
De la memoria un punto se me aparte.

Y te diré mil veces por escrito,
Para que yo lo lea y sin más fruto,
Que prosigo adorándote infinito.

Y á tu muerta pasión daré tributo,
Llevando, como signo de mi pena,
Perennes ropas de espantoso luto.

¡Olvidame, ay de mí! Mi amor lo ordena:
¡No merece mi amor tu llanto impío,
Y á tan terrible prueba me condena!

¡Adios, por siempre adios, bello ángel mio!
¡Procura ser feliz...! ¡En estos trazos,
Los últimos, mi vida, que te envío,
Te mando el corazón, hecho pedazos!

XXXVI.

LA PERLA PERDIDA.

À MI BUEN AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

D. JOSÉ SANCHEZ-ARJONA.

Causando célos al viento,
Ricas alfombras pisando
Con rápido movimiento,
Va, con dulce arrobamiento,
La bella Asuncion bailando.

Mil galanes amadores,
Que por su beldad suspiran
Y la requieren de amores,
En el baile sus primores
Al mirar, de amor deliran.

Que ¿á quién no cautiva el alma
Con su gallardía suma,
Si cruza el salon, sin calma,
Ligera como una pluma
Y esbelta como una palma?

Quince abriles aún no cuenta,
Y, en su candor, no fingido,
Turbacion experimenta
De que allá en su pecho sienta
Cosas que nunca ha sentido.

Por éso nota Asuncion,
Con afanoso interés,
Que va, con dulce emocion,
Saltando su corazon
Más aprisa que sus piés.

Á veces, templado y leve,
De su galan el aliento
Roza su frente de nieve,
Y entero su sér conmueve
Un blando estremecimiento.

Estremecimiento suave
Que perder le hace el compás,
Y, mareada quizás,
Qué es lo que siente no sabe,
Pero baila más y más.

Y en vertiginoso vuelo
(Pues la pareja dichosa
Apénas toca en el suelo),
Siguen, él con dulce anhelo,
Y ella muda y temblorosa.

Triste grito de repente
Lanza con dolor insano;
Que, inadvertido ó villano,
El caballero imprudente
Tanto le estrechó la mano,

Que, porque mucho se aflija
La niña indiscreta, y él
Sus torpes mañas corrija,
Ha desengastado cruel
La perla de su sortija.

Perla en la cual Asuncion
Cifraba toda ilusion;
Perla que era encanto el verla;
Perla rara, en conclusion;
Que era la perla.... ¡una perla!

Búscala con triste afan,
Como á su perdido bien;
Tras ella sus ojos van,
Mas tanto llorando están,
Que ya ni la alfombra ven.

¡Oh dolor! quiere su estrella
Que de la perla se prive....
¡Y era la perla tan bella,
Que la niña no concibe
Cómo ha de vivir sin ella!

Por éso, en pesar tan fuerte,
Dijo, al fin, con un gemido:
«¿Hay suerte como mi suerte...?
»¡Para siempre la he perdido!
»¡Ántes llegára mi muerte!»

—Pobre niña sin ventura,
Que tu airada suerte fiera
 ¡Ay! deploras,
Razon tiene tu amargura,
Y no por vana quimera
 Triste lloras.

Medita, niña, un momento:
La perla, que era tu encanto,
 Conserváras
Para tu dicha y contento,
Si en aquella noche, tanto
 No bailáras.

¡Y sin ella has de vivir!
Y cuando el alma, sin verla,
 La recuerde,
Te oirán con llanto decir:
«¡Ay, lo que vale una perla,
 »Si se pierde!»

¡Cuántos daños adivino
Que seguirán á ese daño
Sin demora!
Por idéntico camino,
Te llegará un desengaño
Cada hora.

Y tus ojos inserenos
Empañará el llanto una
Y otra vez,
Y de triste llanto llenos,
Los volverás, sin fortuna,
Á tu niñez.

Y con esperanzas vanas
Sosteniendo eterna lidia
Males ciertos,
En tus penas inhumanas,
Por su paz tendrás envidia
Á los muertos.

¡Llora por tu perla, en tanto!
Siempre que el alma, sin verla,
La recuerde,
Dí entre raudales de llanto:
«¡Ay, lo que vale una perla,
»Si se pierde!»

¡Oh, niña infeliz! verás
Cuál tu dolor acredita
Mi experiencia:
¡No la perdieras jamás;
Que era esa perla bendita....
Tu inocencia!

¿Á quién te quejas...? ¡Al viento!
La perla, que era tu encanto,
Conserváras
Para tu dicha y contento,
Si en aquella noche, tanto
No bailáras.

Y pues la culpa tuviste,
Imprudente y aturdida,
De perderla,
¡Ay, niña, qué bien dijiste!
¡Antes perdieras la vida
Que la perla!

XXXVII.

Adorada madre mia,
Mi bien, mi dulce consuelo,
Que estás llorando en el cielo
Mi orfandad y mi agonía,
Hoy llego á tu huesa fría,
Rojo el rostro de rubor,
Á decirte, aunque el dolor
Mi triste pecho taladre:
«Mi madre, mi buena madre,
»¡Indigno soy de tu amor!»

¡Ay, de mi falta me espanto!
Nada, nada la disculpa,
Y á lavar mi negra culpa
No basta todo mi llanto.
Y ¿pude ofenderte tanto?
Y ¿pudo, madre querida,
Mi alma desagradecida
Darte al olvido un momento,
Sin que atroz remordimiento
Acabára con mi vida?

¡No tengo perdon! Apénas,
En pos de celestes galas,
Tendiste las leves alas
Á las alturas serenas,
Por alivio de mis penas
Y de mis rudos enojos
(Lo recuerdo con sonrojos),
Á una mujer adoré,
Y en sus ojos ¡ay! busqué
La hermosa luz de tus ojos.

¡Oh, madre, saben los cielos
Lo que entónces padeciste!
¡En tu sepulcro debiste
Estremecerte de célos!
Fueron suyos mis desvelos;
La amé con idolatría....
¡Mira tú si la amaria,
Que una vez, con loco ardor,
Quise decirla: «mi amor,»
Y la dije: «madre mía!»

¡Nefanda abominacion
Que hoy castigan mis dolores!
Para ella, ¡cantar amores!
Para tí, ¡ni una oracion!
¡Entregar mi corazon
De otro cariño á los lazos...!
¡No soñar con tus abrazos...!
¡Santo Dios! ¿todo ésto he hecho,
Y el fiero dolor mi pecho
No hace estallar en pedazos?

¡Grande, enorme es mi delito;
Tarde mi llanto comienza,
Y un estigma de vergüenza
En el alma llevo escrito!
Y tu puro amor bendito
Con ternura al recordar,
Y espantado al contemplar
Mi negra traicion impía,
¡Ay, madre, me moriría,
Si no pudiera llorar!

Hoy llego á tu sepultura,
En llanto el rostro anegado;
Si fué grande mi pecado,
Áun es mayor mi amargura.
Madre, apelo á tu ternura;
¡Oh, sí! con afan prolijo
Ves la pena en que me affijo
Desde el cielo, donde moras....
¡Yo sé que tambien tú lloras!
¡Perdona á tu pobre hijo!

Por aquellos dulces cantos,
De mi niñez embelesos;
Por aquellos puros besos
Y aquellos abrazos santos;
Por los plácidos encantos
Que en tu mirar sorprendí;
Por tu amante frenesí,
Dame tu perdon clemente,
¡Que aún penaré inmensamente
Con estar léjos de tí!

Te adoro, madre querida,
Y vivo para adorarte:
¡Si yo no puedo olvidarte!
¡Si tu recuerdo es mi vida!
¡Si aquél que, insensible, olvida
Á una madre que es tan buena,
Tiene el corazon de hiena!
¡Si mi pecho, que se amarga
Por mi ausencia, que es muy larga,
Se está rompiendo de pena!

Purísimo sér bendito,
Más celestial que terreno,
Madre mia, vaso lleno
De dulce amor infinito,
Ya tus virtudes imito;
Siempre de tí voy en pos....
Sin estar juntos los dos,
No hay para mí una alegría;
Porque, santa madre mia,
¡Te amo casi como á Dios!

XXXVIII.

¡Cómo acaricia el alma ese recuerdo!
¡Eran tan melancólicas, tan dulces,
Tan llenas de pasión vuestras miradas,
Grandes ojos azules!

Velaba á veces la argentada luna,
Envidiando mi dicha, alguna nube,
Y yo lloraba porque no os veía,
Bellos ojos azules.

Mas luégo avergonzada disipábase
En el viento impregnado de perfumes,
Y ¡con cuánto embeleso os contemplaba,
Claros ojos azules!

Mudo, extático, absorto, por miraros,
Mi sér entero en mis pupilas tuve,
Porque.... porque ¡Dios mio! ¡sois tan bellos,
Dulces ojos azules!

Hoy ¡qué horrible ceguera! no distingo
El divino esplendor de vuestras luces....
¡Qué triste está mi alma, sin la antorcha
De mis ojos azules!

XXXIX.

SOBRE LA TUMBA

DE LA NIÑA

ARTEMIA DE ARIZA Y RÉCIO.

Ángel era de amor: del almo cielo
Sólo un instante abandonó las galas,
Y el lodo inmundo que encenaga el suelo
Salpicar no logró sus puras alas.

XL.

En balde tus labios rojos
Fingen amante suspiro
Y amor pregonan tus ojos;
Vanos serán tus antojos:
¡Ni te escucho, ni te miro!

Pues ya, infiriéndote agravios,
Que no tienes corazon
Dicen tus necios resabios,
Y que tan falaces son
Tus ojos como tus labios.

Y el pueblo, que, á cada instante,
Te ve con un nuevo amante,
Siempre locuaz, siempre inquieta,
Si ayer te llamó inconstante,
Hoy te apellida coqueta.

Óyeme, niña, un momento,
Y, reparando en que labras
Tu rüina y tu escarmiento,
No entregues, nó, mis palabras,
Cual tus suspiros, al viento.

—Era Inés jóven y hermosa
Y amiga de los placeres;
Como niña, veleidosa;
Como mujer, vanidosa;
Era, en fin, como tú eres.

Tus mismos ojos tenía,
Como tú los entornaba,
Como tú los entreabría,
Y como tú sonreía,
Y como tú suspiraba.

En su vanidad aleve,
Por aumentar sus hechizos,
Á veces su mano breve
Iba, cual copo de nieve,
Á hacer más negros sus rizos.

Ó ya, en su menudo paso,
Con blando ademan lascivo,
Dejaba ver al acaso
Su pequeño pié, cautivo
En leve prision de raso.

Y, ufana por poseerlas
(Pues jamás las hubo iguales
Y era maravilla el verlas),
Enseñaba, entre corales,
Blancas hileras de perlas.

¡Ay, quién su hermosura al ver
Y al contemplar su ventura,
Pudiera entónces creer
Que pronto había de ser
Su perdicion la hermosura!

Ella así no lo concibe:
En las lisonjas se inflama,
Placer con ellas recibe,
Y á todos los hombres ama,
Y por todos se desvive.

Y amando á todos aprisa
Con siempre falaz ardor,
Á éste jura eterno amor,
Á aquél finge una sonrisa,
Y al de allá miente un rubor.

Á uno dice por escrito
Que le ama casi infinito,
Y miéntras, con dulce queja,
Murmura amores quedito,
Á media noche, en la reja.

Y, mariposa liviana,
Sin dejar de ser voluble,
De la noche á la mañana,
Á unirse á un hombre se allana
Con vínculo indisoluble.

Y ¿qué suceder podía?
Tú lo puedes presumir;
Lo cierto es que al otro día
Toda la gente decía
Lo que yo no he de decir.

.
Verdad de experiencia es
Que la coqueta de ahora
Será adúltera después;
Dígalo la pobre Inés,
Que tarde su crimen llora.

Y tú, infeliz, que la imitas,
Tú, que á los hombres incitas,
Áun más liviana que bella,
¡Pobre niña! ¿no meditas
Que acabarás como ella?

Piensa con ánimo sério
Que al vicio das homenaje;
Que, haciendo á tu honor ultraje,
Cursas ¡ay! del adulterio
El funesto aprendizaje.

Mas ¿no escuchas...? ¿Indiscreta,
Continúas, por tu mal,
Alegre, locuaz é inquieta...?
¡Ay, no entiende una coqueta
De lecciones de moral!

En balde tus labios rojos
Fingen amante suspiro
Y amor pregonan tus ojos;
Vanos serán tus antojos:
¡Ni te escucho, ni te miro!

XLI.

Díme que no me amas
Y que quisiste impía
Elevarme hasta el cielo,
Para hacer más terrible mi caída.

Díme que me aborreces
Y que ves con sonrisa
Cómo me están matando,
Con martirio crüel, las ánsias mías.

Por causarme áun más pena,
Díme tambien que miras,
Cual ántes en mis ojos,
En otros hoy la luz de tu alegría.

Ésto decirme debes,
Pero nunca me digas,
Mi amor primero y único,
Que yo te olvidaré cual tú me olvidas.

¡Oh, nó! que cuando el cuerpo
Se convierta en cenizas,
El alma, que no muere,
Te amará eternamente todavía.

¿Que yo habré de olvidarte...?
Es mentira.... ¡es mentira!
¡Estas niñas sin alma
No comprenden que tanto un amor viva!

XLII.

Érase una hermosa niña
Á quien su padre casó,
Por la codicia instigado,
Con un anciano señor.

Un hombre, en el alma virgen
Nacer hizo una pasión,
Y la astucia, como siempre,
Á la inocencia venció.

«¡Es una adúltera!» dijo
La sociedad con horror,
Y al Tenorio, por su triunfo,
Plácemes y honores dió:

Hé aquí una historia de siempre;
Hé aquí una historia, lector,
Que la *justicia* retrata
Del *rey de la creación*.

XLIII.

SOBRE LA TUMBA

DE LA

SRTA. D.^a ELENA HERRERA.

Apénas en sus ojos seductores
Brilló la luz que en las alturas arde:
¡Siempre hallaron las flores
Vida al amanecer, muerte á la tarde!

XLIV.

Miéntras acerbo llanto
Por nuestro amor vertiste;
Miéntras pasar miraba
Tus horas infelices,
Pensaba, contemplando
Tu abnegacion sublime:
«¿Pudiera yo no amarla...?
»¡Nó, nunca, es imposible!»

Secos están tus ojos;
De la amorosa hoguera
Que abrasó tu alma pura,
Ni las cenizas quedan.

En gratas alegrías
Trocáronse tus penas,
Y otro amor, que no el mio,
Encanta tu existencia.

«¡Olvidame!» te dije
Sin pensar que en tu pecho
Hallar pudiera entrada
Un bajo sentimiento.
«¡Olvidame!» te dije
Loco de amor y célos;
«¡Olvidame!» Y ¡qué pronto
Tomaste mi consejo!

La misma luna clara
Que contempló mi dicha,
Anoche fué testigo
De tu procaz falsía.

Por su luz me juraste
Lealtad no desmentida;
¡Por su luz has jurado
Que no me conocías!

Cuando llevaba el áura
Esos leves rumores,
Pœmas misteriosos
De la callada noche;
Cuando á compás sentíamos
Latir los corazones,
Contéstame, traidora:
¿Me conociste entónces?

¿Me conociste cuando
Al apuntar el alba,
Eran, por lo süaves,
Suspiros tus palabras?

¿Cuando en mis ojos tristes
Los tuyos se miraban,
Cual si por tus pupilas
Fueras á darme el alma?

¡Ah! por fin reconozco
Mi engaño atroz; es fuerza
Que el pecho se desgarre,
Que mi cariño muera.
Amor que no enaltece,
Amor que pisotea
La dignidad humana,
¡Ódio sobre él, vergüenza!

¡Mi ceguedad maldigo!
¡Ay! olvidé en mal hora
Que ya los corazones
No con amor se compran;

Olvidé que soy pobre,
Que tú eres ambiciosa,
¡Que es la pobreza un crimen
Que el mundo no perdona!

¡Muera este amor indigno
Que tanto me mancilla!
¡Rechace ya sus sueños
Mi loca fantasía!
Y si el destino quiere
Que hasta la tumba existan,
¡Abandóneme pronto
La miserable vida!

Pompa, riquezas, fáusto,
Te dará la fortuna;
No faltará quién compre
Tu espléndida hermosura....

Pero en mí algunas horas
Pensarás con angustia:
¡Que otro amor como el mio
No has de encontrarlo nunca!

XLV.

Á LA SRTA. D.^A CONCEPCION TELLEZ,
EN SU ÁLBUM.

No te conozco: jamás te he visto,
Pero me han dicho que eres muy bella;
Que hay en tus labios, hechos de rosas,
Dulces sonrisas de encanto llenas;
Que hay en tus ojos, claros y hermosos,
La pura lumbre que el sol ostenta,
Y ya te sueña mi fantasía
Tan esplendente, tan hechicera,
Que, por dar homenaje
Á tu belleza,
Un momento me paro en la ruta
De mi existencia.

Del álbum tuyo sobre las hojas
Sentida y triste dejo una endecha,
Y luégo, en alas de mi destino,
De nuevo emprendo mi marcha eterna.
Así las aves, sobre las ramas
Que de hojas viste la primavera,
Junto á la reja por donde airosas
Trepan las verdes enredaderas,
Pósanse un punto, su trino exhalan
Lleno de amores, y luégo vuelan.
Y así, á la sombra de los vallados,
Páranse tristes las hojas secas,
Y con rumores charlan y gimen....
¡Ay, qué bien Bécquer los interpreta!
Soplan luégo los vientos,
Y huyen revueltas....
¡Cuándo al fin llegarán del viaje...!
¡Triste existencia!

XLVI.

«¡Ay, si no puede ser!» dije leyendo
Tus cartas otra vez;
Aquellas dulces cartas cariñosas
Que de memoria sé.

Y mirando aquel párrafo bendito....
Ya sabes tú cuál es....
«¡Imposible!» pensaba: «¡Es imposible!
»¡Ay, si no puede ser!»

Mis cartas, que ya tú no las querías,
Ví en mi mano después;
Sobre aquellos pedazos de mi alma,
De indignacion lloré.

Lloré con ese llanto cuya huella
Queda siempre en la tez,
Y aún exclamaba al apuntar el día:
«Y ¿cómo puede ser?»

Desesperado, loco, delirante,
El lecho abandoné:
Del cáliz de mi negra desventura
Quise apurar la hez.

Era opaca la luz.... llegué á tu reja....
¡Horrible cuadro aquel...!
—Y ¿cómo pudo ser..? ¡Yo no sé cómo...!
¡Ay, pero pudo ser!

XLVII.

¿CUÁLES SON?

Un momento de locura,
Un lazo del egoismo,
Ó del hambre la amargura,
Y rodaron al abismo
De su horrible desventura.

Y esta sociedad que, ufana,
Sobre todos sus blasones
Luce el blason de cristiana,
Y que tiene, en ocasiones,
De todo, ménos de humana,

Cuando en el mal las hundi6,
Cobarde, hip6crita, artera,
«¿Y la moral...?» grit6 fiera,
Y oprobio y cieno arroj6
Á la faz de la ramera.

Y acaso esta mujer llora,
Y con su llanto redime
Culpas de que no es autora,
Y en vaso vil atesora
Un alma pura y sublime.

Acaso, al verse cual es
De la materia al trav6s,
Toca, por triste consuelo,
En el fango con los pi6s,
Mas con el alma en el cielo.

Pero el mundo no perdona:
Por sarcasmo, en su delirio,
«¡Vergüenza en ella!» pregona,
Y le ciñe, por corona,
La corona del martirio.

Y, en su ciego frenesi,
Injusto, porque es tirano,
No exclama: «¡Yo la perdí!
»¡Yo no le tendí la mano!
»¡Vergüenza, vergüenza en mí!»

¡Y en cambio, respeta en calma
Y da honores y placeres
Y áun de la virtud la palma,
Á otras infames mujeres
Que son rameras de alma!

Mujeres que siempre huyeron
Del cuarto de hora fatal,
Ó á la desgracia temieron,
Y el cuerpo no corrompieron,
Pero no por ódio al mal.

Que, por ajena experiencia
(Ó por casual continencia),
Tienen su honor por seguro,
Y ostentan el vaso puro
Y corrompida la esencia.

Unas, las que el mundo infama,
La vil materia, las heces,
Mancharon con torpe llama;
Y las otras, más soeces,
El alma, lo que Dios ama.

¡Y aquéllas van apurando,
Entre insultos y rencores,
La copa de los dolores!
¡Y estas otras van cruzando
Su hermosa senda de flores!

Ví á las unas despreciadas,
Ví á las otras despreciables,
Y dije: «Entre estas taimadas
»Y aquellas desventuradas,
»¿Cuáles son más miserables?»

Febrero, 1878.

XLVIII.

I.

¡Ay, qué bien lo recuerdo! Aquella noche
Iluminó la plateada luna,
De tu ventana en el gracioso marco,
Tu cabecita rubia.

Tú me hablabas, mirándote en mis ojos,
De la eterna lealtad de tu cariño;
Yo te escuchaba, refundiendo toda
Mi alma en los oídos.

¿Te acuerdas...? Y, al oír tus juramentos
De dulce amor, de sin igual constancia,
Viendo rodar las perlas de tu llanto
Por tus mejillas pálidas,

—«¿Qué hiciera yo sin tí,» llorando dije,
«Si tu amor es la luz de mi existencia?
»No me olvides; ¡te juro, si me olvidas,
»Que moriré de pena!»

II.

Mucho tiempo ha pasado desde entónces
Ya no ilumina la argentada luna,
De tu ventana en el gracioso marco,
Tu cabecita rubia.

Los dos fuimos perjuros; me olvidaste,
Y yo no te cumplí mi ofrecimiento:
Te prometí morirme, y todavía
Mi pena no me ha muerto.

Así, cuando los dos nos encontramos,
Ya no me miras tú, ni yo te miro:
¡Tú, sintiendo rubor por tu inconstancia!
¡Yo, sintiendo vergüenza de estar vivo!

XLIX.

¡BLANCA!

Á MI ESTIMADO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA
D. BENITO MAS Y PRAT.

Mil veces recordé la negra historia,
Llorando amargas lágrimas de pena,
Cabe el triste sepulcro, santo asilo
En que halló al fin la niña paz eterna.

Era pobre; su madre y sus hermanos
Vegetaban muriendo en la miseria,
Mas dos grandes tesoros poseía:
Candor de virgen y sin par belleza.

Con ardor trabajando á todas horas,
Es de su hogar la dulce providencia,

Y, si la madre la ama como á un ángel,
Los niños como á santa la veneran.

Llegó una noche cruel de acerbo luto;
¡No hubo noche tan larga como aquella!
Trabajar no ha podido en todo el día:
¿Cómo pan buscará la niña enferma?

Lloran sus hermanitos y levantan
Con triste afán sus manecitas trémulas,
Y allá, desde un rincón, yerta de frío,
La ya achacosa anciana llora y reza.

¡Ay, jóven infeliz! ¡Los egoistas,
Que vivís en el fáusto y la opulencia,
Vosotros sois de bronce, y no sabéis
Cuánto dolor su corazón encierra!

¡Cuadro desgarrador! La niña llora,
Ve á los suyos sufrir, de espanto tiembla,
Pretende trabajar, pero ¡no puede!
Y un volcán hervir siente en su cabeza.

Y ¿ha de mirar hambrientos á sus niños,
Y ha de morir su madre, sin que ella,
Que el sér le debe, á tan mortal congoja
Remedio busque...? ¡Dolorosa prueba!

Largas horas medita, pero en balde:
¡Es la angustia tan mala consejera!
Y, al postre, como á tabla salvadora,
Su cerebro febril se ase á una idea.

Un caballero anciano, muchas veces
En la calle le habló de su belleza,
Y lujo le ofreció y comodidades,
Á cuenta de no sé qué recompensa.

Irá á buscarle; le dirá entre lágrimas
Su amarga situacion, su horrible pena,
Y él la remediará.... Tierna paloma,
¿Qué sabe de peligros su inocencia?

Sí, decidida está: salta del lecho,
Sus miembros delicados cubre apénas,
Y á la madre, que exclama: «¿Qué pretendes?»
Llorando, al salir, dice: «Madre, ¡espera!»

La anciana reza y llora más que nunca;
Rezan los niños, que quien llora, reza;
Y la luz oscilante, que agoniza,
Difunde en torno claridad siniestra.

De repente, al sonar horrible grito,
Ábrese con estrépito la puerta,

Y en el umbral la jóven aparece,
Mústia, desencajada, cadavérica.

«¡Os traigo pan...! ¡Comed, niños del alma!

—Con voz indescriptible balbucea:—

»¡Comed, comed...! ¡Muy caro me ha costado!

»¡Muy caro, que por él dí mi pureza!»

Y sus húmedos labios blanquecinos

Una estridente carcajada hueca

Dilató, y, abrazándose á su madre,

Sin sentido las dos dieron en tierra.

.

.

Una mujer con vacilante paso

Cruza sin rumbo calles y plazuelas;

Negra vision fantástica parece

Que la mente forjó calenturienta.

Vá súcia y desgñada; unos harapos

Más que cubrir su desnudez, la aumentan;

Cantando vá y se apoya en las paredes

Y á veces cae tambien, porque está ébria.

Numerosa falange de muchachos

Corre en tropel confuso detrás de ella,

Y «¡á la loca, á la loca!» gritan todos:
«¡Á la loca...! ¡Á la loca! ¡Muera...! ¡Muera!»

Los *honrados* vecinos, como *honrados*,
Á los traviesos chicos espolean,
Porque es muy justo que á pedradas caiga,
Para escarmiento atroz, la *vil ramera*.

En tanto, reclinado muellemente
En rica y elegante carretela,
Un caballero anciano, sério y grave,
Entre la multitud ráudo atraviesa.

«¡Es el duque, es el duque!» dicen todos;
Los vecinos atónitos le muestran,
Y exclaman entusiastas: «¡Viva, viva...!»
Los que á la loca gritan: «¡Muera, muera...!»

Y elogiando del uno las virtudes
Y execrando de la otra la impureza,
Él sigue indiferente su camino;
Ella, al fin, á pedradas queda muerta.

L.

À UNA DE TANTAS.

En la calle te encontré,
Y, al ver tu pié diminuto,
En alta voz exclamé,
Dando á su gracia tributo:
«¡Jesús divino, qué pié!»

Tú bajaste presurosa
La rica falda al momento,
Y yo, al verte ruborosa,
«¡Eureka!—pensé contento:—
»¡Hé aquí una niña juiciosa!»

Fuí después á un baile, y, cuando
Te ví deslumbrante y bella,
Mil hechizos ostentando,
Áun en lo del pié pensando,
Dije: «¡No puede ser ella!»

Y eras tú: tú, que bailabas
Con soltura singular,
Y un gran escote llevabas,
Y bellezas enseñabas
Que es vergonzoso enseñar.

De estas cosas poco sé;
Pero siempre pensaré
Que, si es pudor, no lo es bueno,
El que hace ocultar el pié
Y deja enseñar el seno.

LI.

UN PASAJE DEL EVANGELIO

Á MI ESTIMADO AMIGO EL RELIGIOSO POETA

D. JOSÉ IGNACIO S. DE URBINA

Leía yo otra vez, después de muchas,
El libro de los Santos Evangelios,
Ese raudal divino de enseñanzas
Para todos los pueblos.

Á meditar me detenía á veces,
Y proseguía luégo la lectura,
Y así llegué al bellissimo pasaje
De la mujer adúltera.

Conocido es de todos: los judíos
Juzgan á una mujer bañada en llanto,
Que el tálamo, ese altar de la familia,
Había profanado.

Morir debe á pedradas: al castigo
 Ya se apareja el populacho fiero,
 Y, en tanto, hácia los jueces adelanta
 El Divino Maestro.

—«Esta mujer, le dicen, es adúltera;
 »De su crimen atroz sabes la pena:
 »Dí, Nazareno, ¿deberá cumplirse
 »La ley justa y severa?»

Y Jesucristo, afable y generoso,
 Repuso luégo con acento blando:
 —«Sí, pero arroje la primera piedra
 »El que esté sin pecado.»

.
 Cerré el precioso libro en cuyas páginas
 Esta leccion sublime se contiene,
 Y abismándome en sérias reflexiones,
 Apoyé en él mi frente.

—¡Dios mio! exclamé, al fin, con un suspiro,
 Contestando á mis tristes pensamientos:
 ¡Cuán dulce y compasiva es vuestra ley!
 ¡Cuán bueno sois, cuán bueno!

¡Oh! si á pedradas hoy se castigase,
Cual se hizo un tiempo, á las mujeres torpes
Cuya lascivia quema el santo nido
De los santos amores,

Hoy que tantas adúlteras existen,
Pues el mundo las honra y las respeta,
Para tantos castigos, ¡para tantos!...
¿En dónde habría piedras?

LII.

Todo, todo lo he perdido,
Y nada, nada me queda
Que me recuerde aquel tiempo
En que tan dichoso era,
Unas cartas y un retrato,
Que hoy he devuelto á una bella,
De la nave de mis dichas
Fueron la efímera estela.
Llevóse el viento la nave
Y borró su frágil huella...
Todo, todo lo he perdido,
Y nada, nada me queda.
¿Nada...? Nó, que todavía
Algo, por mi mal, me resta:
Lo que sin su amor no quiero;
¡La miserable existencia!

LIII.

SOBRE LA TUMBA

DE LA SRA. P.^A FRANCISCA BERROCAL DE MONJAS,
SU AFLIGIDO ESPOSO.

Tú, dulce esposa, que mi pena miras,
Dile al Señor mi fervido deseo
De respirar las áuras que respiras....
¡Qué dichosa eres tú, que á Dios admiras!
Y ¡qué infeliz soy yo, pues no te veo!

LIV.
¡QUÉ DESGRACIADO AMOR!

~~~~~  
Á LA SRTA. D.<sup>A</sup> ROSARIO RODRIGUEZ.

Áun me parece que miro  
Aquel pálido color  
En que el carmin puro y suave  
De su rostro se trocó.

Áun me parece que escucho  
Aquella trémula voz  
Que un gemido parecía,  
Encarnacion del dolor.

Y áun, al recordar su historia,  
Pienso con honda afliccion:

«¡Pobre niña, pobre niña!

»¡Oh, qué desgraciado amor!»

Era muy jóven, muy bella;  
¡Ay! era un ángel de Dios,  
Y un tesoro de ternura  
Llevaba en su corazon.  
Fué mujer la niña, y luégo,  
Puramente á un hombre amó,  
Como amar saben las almas  
Que privilegió el Señor.  
Mas ¡cuán breve fué, cuán breve  
Su dulce satisfaccion!  
*¡Pobre niña, pobre niña!*  
*¡Oh, qué desgraciado amor!*

Era pobre el que con ánsia  
La bella niña adoró:  
¡La pobreza á ciertas gentes  
Parece un crimen atroz!  
Por éso la triste jóven  
Muerta su dicha miró,  
Pues sus padres no querían  
Sino pompas y esplendor.  
Y al mirarla dar su mano

Á un lascivo solteron,  
Todos pensaron con pena:  
*«¡Oh, qué desgraciado amor!»*

El infortunado amante,  
En su desesperacion,  
Buscó la muerte en la guerra  
Y es fama que sucumbió.  
Y la niña, miéntras tanto,  
Deshecho su corazon,  
Odiaba á aquel hombre impío  
Que con oro la compró.  
¡Qué triste, qué triste estabat  
¡Cuán honda fué su afliccion!  
*¡Pobre niña, pobre niña!*  
*¡Oh, qué desgraciado amor!*

Miradla: está agonizando;  
Reza al lado el confesor,  
Y los padres de la jóven  
Yacen postrados los dos,  
Cual si sobre ellos pesára

La ira justa del Señor.  
La niña, en tanto, decía,  
Con dulce, apagada voz:  
«¡Yo los perdono, Dios mio!  
»¡Perdon para ellos, perdon!»  
Y el cura exclamó llorando:  
«¡Oh, qué desgraciado amor!»

Caminando al cementerio  
Va una triste procesion;  
Un ataud enlutado  
Llevan de una cruz en pos.  
De los salmos funerales  
Se escucha el grave rumor,  
Y las campanas anuncian  
Que un alma ha llegado á Dios.  
Llorando, llorando todos,  
Van exclamando á una voz:  
«¡Pobre niña, pobre niña!  
»¡Oh, qué desgraciado amor!»

Bajo la tierra bendita

De la postrera mansion,  
El cuerpo de aquella mártir  
Su último sueño durmió.  
En tanto, anhelante el alma  
Llegó al Trono del Señor,  
Y para siempre está unida  
Á la sola alma que amó.  
Y es fama que, cuando vierte  
Su último destello el sol,  
Las brisas del cementerio  
Dicen en su blando són:  
«¡Dichosa, dichosa niña!  
»¡Oh, qué venturoso amor!»

Viñas de Osuna, Setiembre de 1877.

## LV.

## À MI HERMANITA.

## I.

Te escucho alegre charlar,  
Y te llamo al lado mio,  
Y aunque ves que me sonrío,  
Siento ganas de llorar.

Me está agobiando cobarde  
Un pensamiento tirano:  
¿Por qué nací tan temprano?  
¿Por qué has nacido tan tarde?

Pura y serena es tu frente  
Cual la aurora, que oro viste;  
La mia, pálida y triste  
Como el sol del Occidente.

De hebras rubias, casi rojas,  
Ya se pobló tu cabeza;  
La mia es árbol que empieza  
Á quedarse sin sus hojas.

Yo pienso en mis desengaños;  
Tú sólo á jugar te avienes;  
No más que dos años tienes;  
Tengo yo veinte y tres años.

Á veces, tú en mis rodillas,  
Hago yo á mi pena agravios,  
É intento posar mis labios  
Sobre tus frescas mejillas.

Y ¡cosa bien singular!  
¡Cuál no será mi sufrir,  
Que, áun mirándome reir,  
Sueles echarte á llorar!

Si en mis ojos ves mi anhelo,  
Te espantas y haces lo mismo....  
¡Mis ojos son el abismo,  
Y tus ojos son el cielo!

Te alejas de mí asustada,  
Y te recibe al instante  
Esa cuna palpitante  
De que un seno es la almohada.

Y allí mecida, te engríen  
Celestiales é indecisas  
Esas radiantes sonrisas  
Con que las madres sonríen.

Yo, en tanto, de envidia llena  
El alma, á tu madre miro,  
Y de amargura suspiro,  
Y desfallezco de pena.

Que miro con embelesos,  
Hecho el corazon pedazos,  
Cómo te mecen sus brazos,  
Cómo te arrullan sus besos....

¡Ay, razon es que taladre  
Mi pecho tanta agonía!  
¡Tienes madre, hermana mía,  
Y tu madre no es mi madre!

## II.

Mas te quiero de tal modo,  
Dulce hermana, con tal fé,  
Que todo lo olvidaré;  
Ménos á tí, todo, todo.

Perdone la madre mia  
Que tanto y tanto te quiera:  
¡Yo sé que, si ella te viera,  
Cual te amo yo te amaría!

¿Cómo el alma los enojos  
Cubrirán con su capuz,  
Al mirar la hermosa luz  
De tus celestiales ojos?

Ni ¿qué traidores agravios,  
Sombras que el alma oscurecen,  
Al alba no desaparecen  
Del sonrëir de tus labios?

Viendo parecidas galas,  
Yo dije en cierta ocasion:  
«Los niños, sin duda, son  
Unos ángeles sin alas.»

Y hoy, con voz que desaliña  
El mayor de los cariños,  
Digo: «Ángeles son los niños,  
Y, sobre todo, mi niña.»

Y tanto te quiero yo,  
Que, si hijos llego á tener,  
Tanto los podré querer;  
Más que á tí, juro que nó.

### III.

Diez mil proyectos extraños  
Son de mi amor los efectos,  
Y acaricio esos proyectos  
Para dentro de unos años.

Tú tendrás quince, y, por Dios,  
Que, aunque muy bella has de ser,  
No tendrán celos por ver  
Que vamos juntos los dos.

Irémos charlando francos  
Con amorosos esfluvios,  
Tú, con tus cabellos rubios,  
Yo, con mis cabellos blancos.

Y aunque á la verdad no cuadre,  
Porque algun padre se allija,  
Tú dirás que eres mi hija;  
Yo diré que soy tu padre.

En nuestros rostros confío:  
Que lo harán creer arguyo,  
Con sus encantos, el tuyo;  
Con sus arrugas, el mio.

Y no faltarán galanes  
Que al mirarte te bendigan,  
Y á todas partes te sigan,  
Y en tí cifren sus afanes,

Y que sientan mil enojos  
Por su amor ineficaz,  
Al ver que sólo en mi faz  
Clavas tú los lindos ojos.

Tú, mandándome has de ir;  
Yo, accediendo á tus deseos,  
Al teatro, á los paseos....  
¡Cuánto te has de divertir!

Y cuando, al verte, el amor  
Ponga á un jóven en un brete,  
Y te remita un billete,  
De sus ánsias portador,

Tú al punto me lo has de dar,  
Yo despacio lo veré,  
Y al márgen decretaré  
Inflexible: *No ha lugar.*

Pero si alguno se expide  
Y me lo enseñas llorando,  
Yo, tu amor adivinando,  
Trazaré: *Como se pide....*

Mas, niña, ese aire burlon....  
¿Por qué me miras así?  
¡Hola...! ¿Te ries de mí...?  
Hermana, tienes razon.

De uno en otro pensamiento,  
Me eché despierto á soñar,  
Y he imitado, sin pensar,  
Á la lechera del cuento.

Al calor de tus abrazes,  
Lo olvidé.... ¡Bendita seas!  
¡Ah! ¡Quiera Dios que no veas  
El cántaro hecho pedazos!

## LVI.

Nó, tú no eres ella; mienten  
Tu semblante y mi ilusion:  
En vano en tí la buscára;  
Aquella niña murió.

Conozco, sí, que tus ojos  
Sus ojos azules son,  
Y que tu boca es su boca,  
Y que tu voz es su voz.

Copia tu forma la suya  
Con extraña perfeccion;  
Tu cuerpo es su mismo cuerpo,  
Pero tu alma su alma, nó.

Aquella alma pura y dulce  
Nacida para el amor,  
Aquella alma, firme asiento  
De la fé y la abnegacion,

Aquella que, más que tuya,  
Era el alma de los dos,  
¡Ah! si tú la atesorases,  
¿Cómo no te amára yo?

Ostentas de aquella niña  
La misma forma exterior;  
Eres el vaso..... vacío:  
¡El aroma se vertió!

## LVII.

## EN EL ABANICO

DE MI BUENA AMIGA

LA SRTA. D.<sup>A</sup> MANUELA FERNANDEZ GARCÍA.

Hizo Dios el amor, amiga mia:

Al sublime decreto,

Los astros conmovidos palpitaron

En la extension inmensa de los cielos.

Hizo Dios el amor: las puras aves

Buscáronse en el viento;

Amáronse las flores y las brisas;

Amáronse la luna y el misterio.

Hizo Dios el amor: lo amargó el hombre

Con la hiel ponzoñosa de los celos,

É hizo Dios la amistad.... ¡Bendito sea

Tan dulcísimo y puro sentimiento!

## LVIII.

## EL LIBRO DE SU HISTORIA.

Á MI QUERIDO AMIGO D. EULOGIO ARIZA.

## I.

Entre las prendas de su amor ya muerto,  
Le devolví un retrato;  
Contemplándolo estuve por vez última,  
Y lo besé llorando.

Una dedicatoria de su letra  
Había en el respaldo:  
Era la ofrenda del amor primero,  
De ese amor puro y santo.

La leí una vez más; leí mi nombre  
Escrito por su mano....  
¡Por su mano, que ya no volvería  
Nunca más á grabarlo!

Y cuando devolví la miniatura,  
Quedé como un avaro  
Á quien le roban el dorado objeto  
De todos sus encantos.

## II.

Á mi poder, por burla de la suerte,  
Ha vuelto su retrato;  
Tanto al verlo sentí, que no sé cómo  
No lo besé llorando.

Dos renglones escritos de su letra  
Había en el respaldo:  
¡Ay! las mismas palabras que algun día  
Yo leí entusiasmado.

¿Las mismas...? NÓ, faltaba allí mi nombre,  
Y había un nombre extraño  
En papel sobrepuesto; el nombre mio  
Debía estar debajo.

Verlo quise otra vez ¡triste consuelo!

Y levanté sudando

Aquel papel pequeño, que pesaba

Como losa de mármol.

Áun mi nombre no ví, pues todavía

Lo estaban ocultando

Un papel y otro nombre, y otros ciento....

¡Justo Dios, eran tantos...!

Yo leí aquellos nombres sin envidia,

Y arrojé aquel retrato,

Aquel inmundo libro de su historia,

Diciendo con espanto:

«¡Maldicion! ¡Y besarlo yo quería,

»Como otra vez, llorando...!

»¡Cuántos labios en él se habrán impreso...!

»¡Dios mio, cuántos labios!»

## LIX.

Mediaba ya la noche,  
Y, con pasos inciertos,  
Iba yo andando, andando lentamente,  
Abismado en mis tristes pensamientos.

Pensaba en mis pérdidas  
Venturas de otros tiempos,  
Y pensaba.... no sé en lo que pensaba,  
Pues más iba soñando que despierto.

Mis piés, maquinalmente,  
Paráronse un momento  
Cabe aquella ventana en que, anhelantes,  
Á un compás palpitaron nuestros pechos.

¡Cuántas noches de luna,  
Cuántos dulces ensueños,  
Cuánto rumor de brisas y suspiros  
Viniéronme á agitar con su recuerdo!

¡Cuántas memorias, cuántos  
Pœmas de deseos,  
Cual aves en el árbol mal dormidas,  
De mi alma en el fondo se movieron!

Llorando, de la esbelta  
Ventana miré el cerco;  
Un marco parecióme, á quien impía,  
Profana mano arrebatára el lienzo.

Me envolvía la sombra,  
Se escuchaba el silencio,  
Y me acerqué, los pasos recatando  
Y temeroso de turbar tu sueño.

Sobre los hierros frios  
Posé los labios trémulos....  
Y seguí andando, andando lentamente,  
Abismado en mis tristes pensamientos.

LX.<sup>(\*)</sup>

Él me miró un momento, triste y sombrío,  
É inclinó la cabeza, llorando á mares;  
Yo le dije: «¿Qué tienes, hermano mio?»  
Y me contó la historia de sus pesares.

Y yo, que no encontraba para su duelo  
Ni siquiera una frase consoladora,  
Viendo la ineficacia de mi desvelo,  
Sólo supe decirle: «¡Espera y llora!»

---

(\*) Escrita esta poesía bajo la dolorosa impresion de un trágico suceso, disculpa merecen las erróneas y perniciosas ideas que en ella emito. Mucho ántes de ahora he dado á conocer mi opinion acerca del suicidio, en frases como las siguientes:

«El suicidio es un crimen y una cobardía: un crimen, porque por medio de él destruimos lo que no es nuestro, lo que no podemos reedificar; una cobardía, porque revela un corazon apocado y mezquino, que carece del más santo de los valores: del valor para hacer frente á la desgracia.»

N. del A.

Mas fué en él la esperanza tan imposible,  
Tan imposible el llanto y el mal tan fuerte,  
Que se le hizo la vida irresistible,  
Y, como en bien supremo, pensó en la muerte.

Una tarde, al hallarle solo y sombrío  
Y al decirle: «¿En qué piensas, querido hermano?»  
Contestó con sonrisa que me dió frio:  
«En lo que existe fuera de lo mundano.»

El sol hundió en ocaso su roja frente;  
Caminábamos ámbos mudos é inciertos,  
Y mi amigo al fin dijo pausadamente:  
«¡Ay, amigo, qué envidia tengo á los muertos!»  
. . . . .

Como quien abandona molesto abrigo  
Al llegar los calores caniculares,  
Así se ha despojado mi pobre amigo  
De la terrible carga de sus pesares.

Los que su amargo duelo no comprendían  
Y hoy arrojan insultos á su memoria,  
¡De cuán distinto modo le juzgarían,  
Si, como yo, supieran su triste historia!

Su espíritu en su cuerpo gimió sin calma  
Como en la jaula presas las aves gimen,  
Y él las duras prisiones abrió á su alma:  
¡La heroicidad contemplo! ¿Dónde está el crimen?

¡Ay! ¿por qué acriminamos á los que dejan  
La senda de este mundo, llena de espinas...?  
¡Así de nuestras playas ráudas se alejan,  
Cuando pasa el verano, las golondrinas!

## LXI.

Curado ya, á Dios gracias y á mí mismo,  
De una moral dolencia,  
Paseo por la calle de una ingrata,  
Y hablando con su amante suelo verla.

Él, callando, la escucha embebecido,  
Y ella, tras de la reja,  
Como suyas le dice muchas frases  
Que sólo de mis labios aprendiera.

De aquellas cartas, expresion sentida  
De mi ternura inmensa,  
Estaba recitándole anteanoche,  
Como improvisacion, planas enteras.

Y, hace un momento, cuando yo pasaba  
De la ventana cerca,  
Escuché que, apropiándose mis versos,  
Le decía la infiel de esta manera:

—«No temas que á romper tansanto nudo  
Baste la humana fuerza:  
Almas que Dios ha unido desde el cielo,  
¿Quién podrá separarlas en la tierra?»

Con languidez sobre los hierros suele  
Reclinar la cabeza,  
Medio cerrados los azules ojos,  
Sueltas las rubias y sedosas trenzas.

Suspira á veces con aquel suspiro  
Cuyo aliento envenena....  
¡Ay de aquel insensato que lo aspira,  
Porque es la niña en suspirar maestra!

Habla luégo al galan como me hablaba:  
Con aquella voz trémula  
Por la ardiente pasion y que es trasunto  
Del cantar de la pérfida sirena.

Cuando bordan la bóveda azulada  
Las fúlgidas estrellas,  
Y, presidiendo el rutilante coro,  
Brilla la luna en el zenit espléndida,

Por su argentada luz ella le jura  
Fidelidad eterna....  
La luna, á quien no importan los perjuros,  
Sin protestar, prosigue su carrera.

Palabras que yo dije en otro tiempo,  
Hoy los céfiros llevan....  
¡Cuántos écos espiran y se pierden  
Entre los pliegues de las áuras ledas!

Y ámbos, en tanto, en amorosa plática  
Se engolfan, y yo, miéntras,  
Con burlona sonrisa, lentamente  
Paso una vez y otra por la acera.

Y ella me ve pasar, y se sonrfe;  
Acaso, acaso piensa  
Que áun su amor ambiciono, y que los célos  
Traban dentro de mí lucha revuelta.

Acaso goza en mi supuesto daño;  
Acaso se deleita  
Pensando lo que habrá de contestarme  
Cuando á pedirle su cariño vuelva.

¡Insensata! No sabe, no presume  
Que ha caido por tierra,  
De su traicion al alevoso golpe,  
El altar que forjaron mis quimeras.

No sabe que maldigo mis engaños;  
No sabe la perversa  
Que su ruindad conozco, y que mi alma,  
Si mucho la adoró, más la desprecia.

¿Por qué voy á su calle? ¡Empeño inútil  
Es el que allí me lleva!  
¡Lo estoy viendo, y no quiero convencerme  
De que nádie se muere de vergüenza!

## LXII.

## PENUMBRA.

No quiero andar; mi fuerza está agotada;  
Débil el cuerpo, el alma adormecida,  
Á los veintitres años de jornada,  
Me paro en el camino de mi vida.

Anduve muy de prisa, y me arrepiento;  
Pues la vista al tender miétras respiro,  
Miro lo que dejé, sin sentimiento;  
Lo que tengo que andar, sin miedo miro.

¡El pasado! Luz, galas, armonías,  
Amor, placer, dulcísimas historias....  
¡Cuán atrás os quedásteis, dichas mias!  
Apénas os recuerdo, muertas glorias.

¡El porvenir! No espero dicha alguna,  
Y en él tantos pesares adivino,  
Que tuviera, en verdad, por gran fortuna  
Caer en una zanja del camino.

¿Y el presente...? Sin fé y sin esperanza,  
Miro pasar el tiempo indiferente,  
Y otra felicidad no se me alcanza  
Que la de hacer eterno este presente.

Enjutos yacen mis hundidos ojos,  
Los ojos míos que lloraron tanto,  
Y ya todo lo miro sin enojos,  
Sin placer, sin envidia y sin espanto.

Los inmensos espacios de mi alma  
De todo sentimiento están desiertos:  
¡Ni odio ni amor! Esta apacible calma  
Se asemeja á la calma de los muertos.

¿Qué haré...? Dejar de hacer; vivir inerte;  
Pensar no quiero en nada, ni en mí mismo;  
Me abandono en los brazos de la suerte,  
Y después, me es igual: cielo ó abismo.

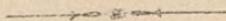
El sol de mi destino triste alumbra;  
Su fulgor ni me encanta ni me asombra,  
Y dormido me quedo en la penumbra:  
Á un paso de la luz y de la sombra.

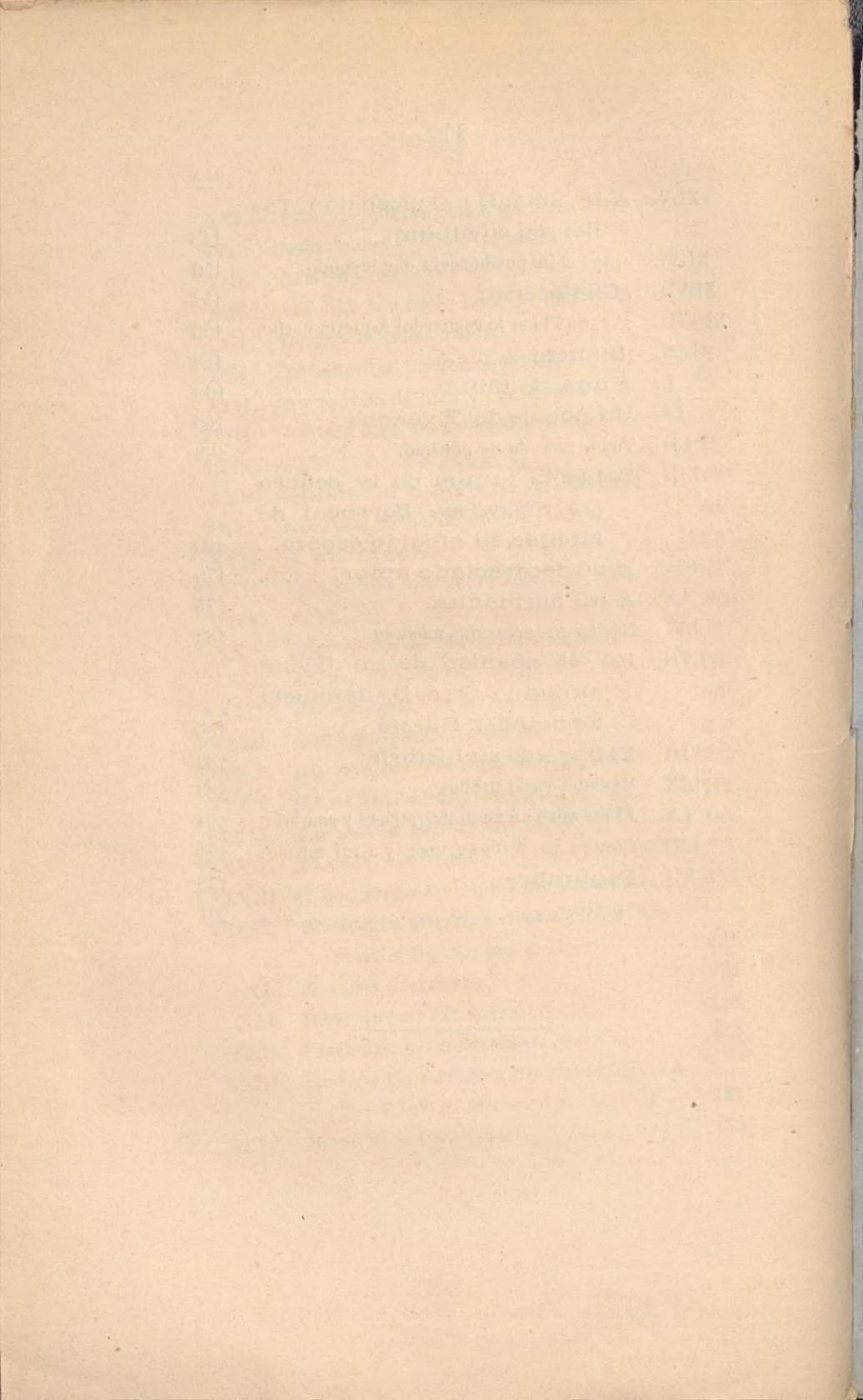
## ÍNDICE.

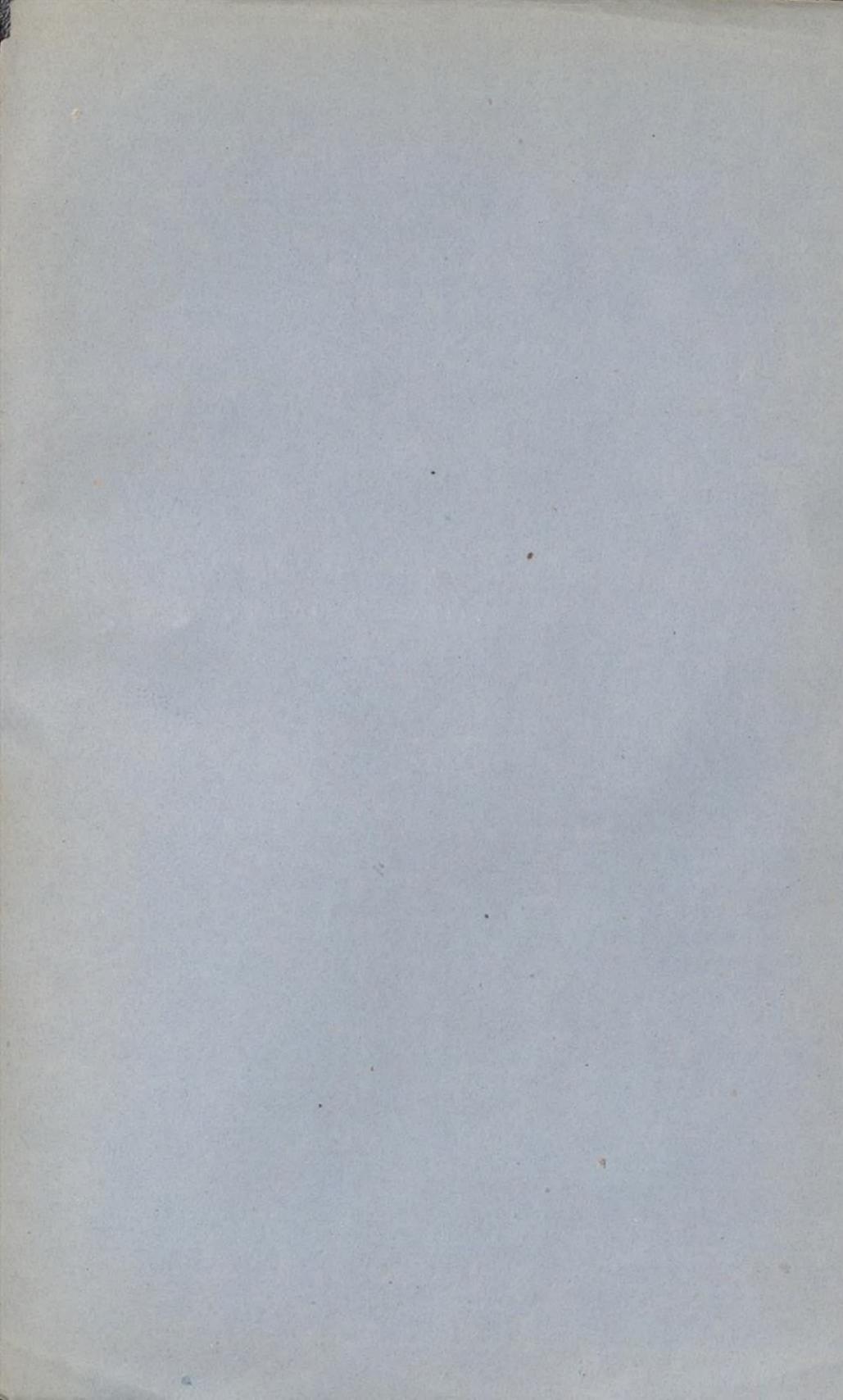
|                                                                                                           | PÁGS. |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| Dedicatoria. . . . .                                                                                      | 7     |
| I. Pura vírgen, casta aurora. . . . .                                                                     | 9     |
| II. La Tumba de Cervantes. . . . .                                                                        | 13    |
| III. Era tanto el amor del alma mia, . . . . .                                                            | 19    |
| IV. Dulce bien de mi vida, . . . . .                                                                      | 20    |
| V. Por la Vírgen María, . . . . .                                                                         | 24    |
| VI. Primavera. . . . .                                                                                    | 25    |
| VII. Te amaré, niña mia, si tus ojos. . . . .                                                             | 29    |
| VIII. ¡Jamás he de olvidarte! . . . . .                                                                   | 30    |
| IX. En el álbum de mi distinguida<br>amiga la Srta. D. <sup>a</sup> Cristina<br>Crespo y Huertas. . . . . | 32    |
| X. En vano me dices que te causo enojos: . . . . .                                                        | 34    |
| XI. Mi rostro escaldaba impía. . . . .                                                                    | 35    |
| XII. ¡Amame! Epístola. . . . .                                                                            | 38    |
| XIII. —Niña que ayer charlabas y reías, . . . . .                                                         | 44    |
| XIV. Muy poco he meditado, y ya me explico. . . . .                                                       | 47    |
| XV. Bendita mia, . . . . .                                                                                | 48    |

|                                                                                | Págs. |
|--------------------------------------------------------------------------------|-------|
| XVI. Bellos tus ojos son; mas, sin agravios, . . .                             | 54    |
| XVII. Deslizábanse rápidas las horas, . . .                                    | 55    |
| XXVIII. ¡Stabat Mater! . . .                                                   | 57    |
| XIX. ¡Era entónces feliz! Loco de dicha, . . .                                 | 61    |
| XX. Vagos y flotantes tules, . . .                                             | 62    |
| XXI. ¿Te acuerdas? Protestas dulces . . .                                      | 66    |
| XXII. Si nunca ha de lucir en tu mirada . . .                                  | 70    |
| XXIII. —«¿Qué haré sin tu amor?» te dije, . . .                                | 71    |
| XXIV. A C.... . . .                                                            | 74    |
| XXV. Quien tal hizo, que tal pague..                                           | 76    |
| XXVI. En el mal incurable de que muero, . . .                                  | 80    |
| XXVII. A mi madre. . . . .                                                     | 81    |
| XXVIII. Entumecido vas, podre mendigo, . . .                                   | 87    |
| XXIX. A R... . . . .                                                           | 89    |
| XXX. Llegó el florido Mayo; miré tu faz. . . .                                 | 97    |
| XXXI. A los muertos. . . . .                                                   | 98    |
| XXXII. Cantares.. . . .                                                        | 101   |
| XXXIII. Tan süave pesar el alma mia. . . . .                                   | 109   |
| XXXIV. La mejor poesía. A mi padre. . . . .                                    | 110   |
| XXXV. ¡Olvídame! Epístola. . . . .                                             | 112   |
| XXXVI. La perla perdida. . . . .                                               | 115   |
| XXXVII. Adorada madre mia, . . . . .                                           | 123   |
| XXXVIII. ¡Cómo acaricia el alma ese recuerdo! . . .                            | 129   |
| XXXIX. Sobre la tumba de la niña Ar-<br>temia de Ariza y Récio. . . . .        | 131   |
| XL. A una coqueta. . . . .                                                     | 132   |
| XLI. Díme que no me amas. . . . .                                              | 138   |
| XLII. Érase una hermosa niña.. . . .                                           | 140   |
| XLIII. Sobre la tumba de la señorita<br>D. <sup>a</sup> Elena Herrera. . . . . | 141   |
| XLIV. Miéntras acerbo llanto. . . . .                                          | 142   |

|                                                                                                                   | PÁGS. |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| XLV. A la Srta. D. <sup>a</sup> Concepcion Te-<br>llez, en su álbum. . . . .                                      | 148   |
| XLVI. «¡Ay, si no puede ser!» dije leyendo. . . . .                                                               | 150   |
| XLVII. ¿Cuáles son? . . . . .                                                                                     | 152   |
| XLVIII. ¡Ay, qué bien lo recuerdo! Aquella noche.                                                                 | 156   |
| XLIX. ¡Blanca! . . . . .                                                                                          | 158   |
| L. A una de tantas. . . . .                                                                                       | 163   |
| LI. Un pasaje del Evangelio . . . . .                                                                             | 165   |
| LII. Todo, todo lo he perdido. . . . .                                                                            | 168   |
| LIII. Sobre la tumba de la señora<br>D. <sup>a</sup> Francisca Berrocal de<br>Monjas, su afligido esposo. . . . . | 169   |
| LIV. ¡Qué desgraciado amor! . . . . .                                                                             | 170   |
| LV. A mi hermanita. . . . .                                                                                       | 175   |
| LVI. Nó, tú no eres ella; mienten. . . . .                                                                        | 183   |
| LVII. En el abanico de mi buena<br>amiga la Srta. D. <sup>a</sup> Manuela<br>Fernandez García. . . . .            | 185   |
| LVIII. El libro de su historia. . . . .                                                                           | 186   |
| LIX. Mediaba ya la noche. . . . .                                                                                 | 189   |
| LX. Él me miró un momento, triste y sombrío.                                                                      | 191   |
| LXI. Curado ya, á Dios gracias y á mí mismo.                                                                      | 194   |
| LXII. Penumbra. . . . .                                                                                           | 198   |
| Indice. . . . .                                                                                                   | 201   |







*Se halla des venta en casa de los editores y en las  
principales librerías, al precio de 10 reales ejemplar.*